

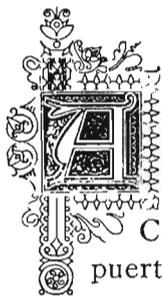


XIV.

BATALLA DE LAS DUNAS.

1639.

Reunión de la armada en Coruña.—Desaparece de la vista la de Francia.—Embarque de tropas.—Salida.—Defección de los transportes ingleses.—Encuentro con la escuadra holandesa en el Canal.—Combates.—Peripecias.—Entra la armada en las Dunas.—Situación comprometida en que se halla.—Pasa los caudales y soldados á Flandes.—Entra también en Dunas la escuadra holandesa reforzada.—Conducta ambigua de los ingleses.—Decide Oquendo salir á la mar.—Contrariedades.—Vara la mitad de la armada.—Tiene que pelear en proporción de uno á cinco.—Échanle navios de fuego.—Incendian éstos al galeón *Santa Teresa* y muere gloriosamente D. Lope de Hocés.—Dispersión y destroz.—Oquendo se abre camino hasta Mardique con algunas naves.—Aclaraciones.



QUELLOS bajeles de D. Antonio de Oquendo que dejamos velejeando contra el viento en el empeño de montar el cabo Finisterre llegaron á vista de Coruña á fines de Agosto, y surgieron fuera del puerto por no entorpecer la salida inmediata de los otros. El Arzobispo de Burdeos, tan bravo al retar á D. Lope de Hocés teniendo fuerza doblada, ahora que se igualaba con la suya la de los españoles, procedió prudentemente dando velas y dejándoles el mar libre. No quería el cardenal Richelieu que lo aprovecharan éstos, pero tampoco que sus flamantes navios sirvieran de impedimento, exponiéndolos á las consecuencias. Conveníale más «sacar del fuego la castaña con mano ajena», empresa á que dió cima su habilidad¹.

¹ Apéndice núm. 2.—*Correspondencia* entre el cardenal Richelieu y el Conde de Estrades.



La armada española reunida en Coruña constituía cifra que en las relaciones del tiempo oscila entre los límites de 70 y 50 naves, según comprendieran ó no los transportes: en el orden de batalla comunicado por el General en jefe se señalaba puesto á 51, con designación de nombres. La suma se descomponía en las siguientes fracciones:

Escuadra de D. Antonio de Oquendo.

Escuadra de D. Martín Ladrón de Guevara.

Escuadra de Nápoles: general D. Pedro Vélez de Medrano; almirante Esteban de Oliste.

Escuadra de Jerónimo Masibradi: almirante Mateo Ula-jani ¹.

Las cuatro procedían de Cádiz, habiéndose formado por el sistema mixto de contrata y embargo con navíos raguseos, napolitanos, dinamarqueses y alemanes; ascendían entre todos á 22, españoles los menos.

Escuadra de D. Lope de Hocés: su almirante Tomás de Echaburu.

Escuadra de Galicia: general D. Andrés de Castro; almirante Francisco Feijó.

Escuadra de Dunquerque: general Miguel de Horna; almirante Matías Rombau.

Escuadra nombrada de San José: general Francisco Sánchez Guadalupe.

En estas cuatro, organizadas en Coruña, había también naves de asiento y embargadas, y eran de Vizcaya, Cuatro Villas, Galicia, Portugal y Flandes. Debían sumar 29 entre galeones, naves, fragatas, pataches y filipotes. Se agregaron 12 navíos ingleses fletados para transporte de tropa ².

Más que en los vasos difieren las noticias en la estimación de los soldados que habían de llevar y llevaron. Las publicadas en Holanda, Inglaterra y Francia suben el número á 27.000 hombres; de las de España, algunas la bajaron á 6.000; en otras se dan los nombres de los tercios y compañías, sin

¹ Mateo Esfrondati en algunas relaciones.

² «Se fletaron navíos ingleses para llevar el socorro, á escudo por hombre.»—
Novoa.



más datos, siendo necesario acudir á cálculos y promedios, por los que parece admisible la suma total de hombres embarcados 14.000, de ellos 8.000 de mar y guerra, como dotación de los navíos, y 6.000 infantes destinados al ejército de Flandes.

Importa conocer el juicio de la calidad por dos opiniones discordes: el Conde-Duque pensaba no hubiera salido á la mar armada como ésta desde la jornada de Inglaterra; grandes y buenos los navíos, buena la gente ¹. Uno de los almirantes ² escribía, en contrario, estar la armada falta de todo; el mayor número de la gente era forzada; no se había embarcado nunca y no servía más que de estorbo; en algunos navíos iba un artillero para cuatro piezas; habíalos que no tenían en total más de cuatro artilleros, y esos pocos sin conocimiento teórico ni práctico del arma; artilleros de nombre. La mayor parte de la infantería era nueva é iba desnuda; en algún bajel no se hallaron más espadas que las de los oficiales ³.

Tal como la armada fuera, embarcó con rapidez la tropa en Coruña, disponiéndose á partir con instrucciones dictadas por el almirante Oquendo, el 31 de Agosto, instrucciones en que son de notar, por diferencia con las usuales de tiempo atrás, algunos preceptos nuevos y aun contradictorios. En las de la época del Emperador, por ejemplo, se recomendaba la gritería entre los medios propios para intimidar al enemigo: en éstas se ordena el silencio desde el momento de empezar la pelea. Es especial la prohibición á los navíos de combatir con la capitana enemiga, por reservarla el general para sí, como también la prevención de seguir el ejemplo de la Real, sin detenerse en pormenores, confiados á la capacidad de los jefes ⁴.

¹ Carta del Conde de Olivares á D. Antonio de Oquendo, inserta en el capítulo anterior.

² Don Francisco Feijó Sotomayor.

³ Carta del almirante Feijó. Apéndice núm. 4.—En otros documentos se califica á la infantería de «bisoña y de desecho».

⁴ Apéndice núm. 3.



La navegación empezó en los primeros días de Septiembre ¹, consintiendo á los transportes ingleses que navegasen sueltos, error grave que produjo la captura en el Canal de unos 1.070 soldados ², fiando Oquendo en la bandera neutral ó en la fidelidad de los capitanes asalariados. Iban á vanguardia las naves de la escuadra de Dunquerque haciendo oficio de descubridoras, como gobernadas por hombres prácticos del Canal ³.

En éste esperaba el almirante holandés, Martin Hermertz van Tromp, con pocas naves; no trataba de presentar batalla á los españoles, sino de estorbarles la entrada en los puertos de Flandes con objeto de que surgieran en el de las Dunas de Inglaterra, frontero, y de representar allí el acto segundo de Guetaria, destruyendo á la armada cualquiera que fuera la actitud de Inglaterra, dudosa por entonces y vacilante en pronunciarse por la liga con que la brindaban á la vez España, Francia y Holanda. El plan estaba combinado con anticipación ⁴.

Avistáronse las dos escuadras el 15 de Septiembre al anochecer; y como los capitanes españoles pidieran á su General últimas órdenes, hablándoles casi con las mismas palabras que dijo en parecida ocasión ante Pernambuco, les invitó á imitar el ejemplo de la Real, pensando decidir la batalla como entonces, aferrando á la capitana enemiga y agobiándola con su esfuerzo personal, y no bien amaneció el 16 quiso poner en práctica el pensamiento, adelantándose á su escuadra y llegando gallardamente sin disparar un tiro á recibir los que le dirigieron todos los navíos contrarios hasta tocar la popa del bajel de Tromp, momento en que éste maniobró zafándose.

¹ El 5, según avisos de la corte. Algunos la anticiparon equivocadamente. Costa Quintella puso la salida el 27 de Agosto.

² Cifra de Le Clerc; otro escritor de su nación calcula los presos en tres ó cuatro mil; Costa Quintella, sin consignar número, supone detenidos los doce transportes; mas no parece fueron sino 3.

³ En todo aquello que no consta por datos precisos sigo preferentemente á la narración del almirante Costa Quintella, traducida en el Apéndice núm. 6, y seguida de las que pueden servir al juicio del suceso.

⁴ Correspondencia del Conde de Estrades. Apéndice núm. 1 á este capítulo.



Batalla naval. Reproducción de un grabado flamenco de la época.





Los bajeles españoles trabaron escaramuza á medida que se aproximaban, prolongándola todo el día sin más ventaja que volar uno de los enemigos, de que pocos hombres se salvaron; en cambio sufrieron bastante la real y los principales galeones; la primera tuvo 43 muertos y otros tantos heridos, quedando casi desaparejada con los nutridos y certeros tiros de los holandeses.

Mantuviéronse éstos todo el día á barlovento en línea de fila tan cerrada, que tocaba el bauprés de un navío en la popa del precedente, cuidando de no llegar á tiro de mosquete, por reconocer la ventaja que á los españoles proporcionaban en este arma los soldados de transporte. Los nuestros combatieron sin orden, en pelotones que se embarazaban unos á otros.

El día siguiente, 18, se unieron á Tromp 16 naves más, sin variar por ello de táctica; cañoneaban á distancia, produciendo bajas, entre las que fueron muy sensibles las de los almirantes Guadalupe y Ulajani; y habiéndose acabado la pólvora en el galeón de éste, separado de los demás con un filipote, cayeron sobre ellos seis holandeses y los rindieron, encendiéndose con más furia la pelea por el empeño con que Oquendo y los suyos trataron de recuperar la presa, así como por el de los adversarios en conservarla. Soltaron al cabo la del galeón, quedándose con el patache.

Dícese ¹ que se vió Tromp en apuro que bien hubiera podido dar al traste con los presupuestos de los Estados Generales; pues ciñendo el viento como iba en vuelta de la costa de Francia, entró su escuadra en la ensenada de Boulogne, y no pudiendo montar de la otra vuelta la punta saliente al ONO., de seguir algún tiempo más el ataque por la armada española desde el exterior, hubiera tenido que optar entre el extremo de embarrancar en la costa de Francia todos sus navíos, ó rendirlos á la fuerza superior que había de abordarlos necesariamente. Todos los marineros conocieron el dilema y esperaban la elección, cuando, con asombro, vieron vi-



rar á la capitana de D. Antonio y hacer la señal de seguirla, lo que sólo á fuerza de repetir la orden hicieron, de mala gana, franqueando la boca del saco en que Tromp se había metido.

En los tres días de combate y en el nocturno iniciado en el intermedio por los holandeses, consumieron en una y otra armada las municiones y la pólvora, tan nutrido y constante fué el disparar de la artillería, haciéndolo á veces por ambas bandas, porque Tromp, maniobrando con arte muy superior al de su adversario, en uno de los accidentes en que había caído á sotavento y separándose en grupos una parte de nuestra armada, formó la suya en dos columnas; á la cabeza de una de ellas entró entre los dispersos, mientras el vicealmirante, de Witt, con la otra batía exteriormente á la línea, y ésta se halló por consiguiente entre dos fuegos.

Para remediar el vacío de la santabárbara entró el Almirante bátavo en Calés, puerto amigo, cuyo Gobernador le suministró al punto 500 toneladas, y con la actividad ejemplar de aquella marina, remediadas las averías, embarcados los pertrechos, puestos en tierra los heridos, á las veinte horas se hallaba otra vez en la mar dispuesto á combatir de nuevo.

Oquendo pudo en estas veinte horas tomar los puertos de Mardique y de Dunquerque, situar la armada al abrigo de las fortalezas españolas, desembarcar la tropa y cumplir con lucimiento la misión de que estaba encargado: la pérdida del patache rendido, más que compensada estaba con la de la nave holandesa que voló; muertos y heridos había en ambos lados, y hubiérase reconocido ser el triunfo suyo; mas no adoptó la determinación, que se hubiera ajustado á las instrucciones recibidas, según dijo al Rey en su despacho, por tener su nave y otras muchas desaparejadas y hallarse en el momento en que cesó la batalla á tres millas de las Dunas, en la costa de Inglaterra; esto es, mucho más cerca que de los mencionados. Otra causa hubo, referida por testigo de excepción: creía D. Antonio, habiendo consultado, sin duda, á los prácticos que á bordo llevaba, no haber en Mardique el



fondo requerido para el calado de sus galeones grandes¹; surgió, pues, al otro lado del Canal, donde pensaba repararlos y reponerlos, confiado en la seguridad del asilo en puerto neutral.

Puerto no es, en la verdadera significación de la palabra, el que abordó, en razón á estar enfrente de los de Flandes y á poca distancia. Las Dunas (Downs) forman en la costa oriental del Condado de Kent una rada al Norte de Dover, entre South Foreland y North Foreland, frente á la población de Deal. La rada tiene hacia el Este los bancos de arena de Goodwin, y es espaciosa y abierta.

El enojo que entre los ingleses produjo la presencia de la armada, como origen que podía ser de desazones, subió de punto con la cuestión impolíticamente suscitada por Oquendo de saludo á la bandera, máxime habiendo de hacerlo, como lo hizo, y era de razón en puerto ajeno, en cualquiera circunstancia ordinaria en que no hubiera menester de consideraciones ni benevolencias. En la rada estaba el almirante inglés Pennington con escuadra encargada de velar por el respeto debido á su jurisdicción. ¿Cómo dudaba en hacer la manifestación pública que tributaban los navíos ingleses en puertos de España?

Procuró después, y esto era natural, adquirir pertrechos de guerra; proveerse principalmente de pólvora y balas, artículos que podían muy bien negarle dentro de la observancia estricta de la neutralidad. La situación grave en que había colocado á la armada le obligaba á contemporizar y no á enajenarse simpatías con altanero proceder. Llenos sus navíos de enfermos á causa de la desnudez y de la mala alimentación; faltos de lo más necesario á la navegación y á la guerra, á todo lo que no fuera humillante había de suscribir un general sobre cuyos hombros pesaban tan grandes intereses de su nación.

En dar cuenta inmediata del arribo al embajador de Espa-

¹ Servicios del Marqués de Velada. Academia de la Historia. *Colección Salazar*, C. 32.



ña en Londres y al Cardenal infante, gobernador de los Países Bajos, no anduvo remiso D. Antonio, alcanzando del primero activas gestiones en la corte para su habilitación, y refuerzo de marineros y soldados enviados desde Dunquerque por el Príncipe, no obstante haber fondeado la escuadra holandesa en las Dunas por fuera de la española, así que se reparó en Calés ¹.

Diligentísimo estuvo también en discurrir y practicar el modo de poner en tierra de Flandes los caudales y soldados que conducía para aquel ejército, verificándolo en barcas pescadoras de Dunquerque, abrigadas de día al costado de los galeones, y que marchaban de noche para la travesía del Canal en ida y vuelta. La expedición principal se realizó en la del 27 de Diciembre, en que espesa niebla ocultaba la maniobra. Trece pataches y fragatas de la armada, acompañando á 56 embarcaciones costeras ó pescadoras, pasaron el grueso de la tropa con felicidad; y aunque, conocido que fué el éxito por Tromp, puso en crucero pataches y fragatas de las suyas, consiguiendo en días sucesivos apresar algunas de las referidas embarcaciones, se introdujo el socorro, objeto de la jornada ².

No quedaba otra cosa á nuestro General que la reparación de los navios, dilatada por las dificultades y embarazos con que tropezaba á cada paso en la adquisición de materiales, si bien se dió el caso, no raro en tiempos de alardes caballerosos, de interceptar Tromp un barco con perchas de arboladura, y enviarlo á Oquendo con recaído atento ofreciéndole de su propia escuadra cualquiera otra cosa que necesitara para salir á la mar, por el deseo que tenía de verse en ella en frente de tan gran General.

No por esto dejaba de tener estrechamente bloqueado el

¹ Pidió Oquendo al infante D. Fernando 700 marineros y no habiendo tantos disponibles en Dunquerque, suplió la diferencia con soldados valones, despachándolos en embarcaciones pequeñas, que hicieron la travesía sin que lo advirtieran los enemigos. *Cartas del Cardenal infante á D. Antonio de Oquendo. Colección Vargas Ponce, leg. 15.*

² Una relación impresa del tiempo consigna que se pusieron en Dunquerque tres millones y cinco mil soldados.



puerto, cual si fuera de enemigos, fondeada una escuadra á tiro de mosquete de la española y otra á la vela en el Canal, celando á cuantas naves entraban y salían. Alcanzaban las que tenía para todo, habiéndole enviado sucesivamente los Estados Generales hasta 114 ó 120, según autores, de ellas 17 de fuego.

Manteniendo con el almirante inglés Pennington cordiales relaciones, al mismo tiempo que procuraba impedir la entrega de pólvora, como acto contrario á la neutralidad, pedía le consintiera otros no menos opuestos, como encaminados que iban á la destrucción de la armada, hasta que habiéndose persuadido de que no conseguiría más de aquello que era de esperar de su preferente simpatía, impuesto de la orden comunicada por el Gobierno de hacer fuego contra el primero que rompiera en la rada las hostilidades, buscó, de mala fe pretexto con qué acreditar lo habían hecho los españoles.

Un mes había transcurrido desde que éstos dejaron caer las anclas sin recibir la pólvora pedida. Era el 20 de Octubre en la noche, cuando llegó un barco con escasa cantidad, que se repartió entre los galeones; y decidido á provocar el lance, asegurado como estaba con las instrucciones de su Gobierno, el 21 representó á Pennington haber sido agredido y al mismo tiempo se puso á la vela, encaminando los navios de fuego hacia su enemigo.

Oquendo había reunido previamente al consejo de guerra y puesto á discusión lo que había de hacerse, recelando tanto del enemigo descubierto como del amigo dudoso. Entre la probabilidad de ser acometido y abrasado dentro de la rada por fuerza incomparablemente superior, y la de que, peleando en alta mar, se pusiera en manos de Dios el suceso, consideraba más honrosa la batalla, adelantándose á salir de la rada, en la cual quedarían los bajeles que no eran de servicio. Todos los jefes se manifestaron conformes con parecer tan razonable; ninguna objeción ocurrió. Hallándose, pues, dispuestos y animados, al ver en la mañana del 21 de Octubre que los holandeses largaban velas, hicieron lo propio, y sin responder al fuego que ellos rompieron, enderezaron las



proas á la mar, envueltos en la neblina, frecuente en aquellas costas, que se levantaba espesa.

Fuera por esta causa, bastante para excusar errores en los que no eran prácticos de los bajos, fuera por mala voluntad ó apocamiento de algunos de los capitanes, que todo se pensó, vararon en la costa ó en los bancos muchos navíos, siendo de notar ocurriera este accidente al galeón del almirante general D. Andrés de Castro, persona especialmente recomendada á Oquendo por el Rey ¹, y cuyo proceder dió mucho que hablar, con mengua de su honra.

Cuando despejó la neblina se advirtió que no seguían á Oquendo más que 21 navíos, los que estaban á cargo de jefes ó capitanes de buena fama. El *Santa Teresa*, de D. Lope de Hocés, pegado á la popa; la almiranta de la escuadra de Galicia, de Francisco Feijó; las capitanas de las escuadras de Dunquerque y de Masibradi; todos aquellos de buena voluntad afectos al servicio, apegados al crédito de su General, dispuestos á cualquiera contingencia. Rodeábales la enorme cifra de los enemigos en proporción de cinco á uno, disparando la artillería con pasmosa celeridad.

Dirigieron á la capitana real tres navíos de fuego, que las lanchas de Oquendo desatracaron con valor temerario, cambiándolos de dirección, y uno se aferró con bajel de los suyos, abrasándolo. Al galeón *Santa Teresa* arrojaron otros dos incendiarios, que del mismo modo fueron separados; pero como navegaba por la popa de la real, los que ésta despidió de sí se enredaron en la proa del galeón, envolviéndolo entre las llamas, de que iban preñados. Don Lope de Hocés era ya muerto de bala de cañón, que le llevó un brazo en el momento de alentar á sus subordinados. Con ellos se consumió en la pira honrosa, llorado de los suyos, cual los caudillos mitológicos, reverenciado de los adversarios, enaltecido de su Rey ².

¹ En cédula que se halla en la *Colección Vargas Ponce*, leg. 15.

² Cumpliendo D. Felipe la oferta hecha antes de la jornada, dictó la siguiente carta al arzobispo Inquisidor general, su confesor, copiada en la Academia de la Historia, *Colección Salazar*, M. 95, fol. 59:



Grandemente impresionó la desgracia á la gente de los demás galeones que peleaban aislados, en la disposición en que el enemigo los descubrió al despejarse la niebla. El que era almiranta de la escuadra de Galicia, blancó entre los principales, combatió de la mañana á la tarde, rechazó el abordaje de cinco navios, y amenazado con dos de fuego, se rindió al anochecer.

A esta hora ofrecía admirable espectáculo la real, sola, semejando al jabalí acosado por la jauría. Hubo momento en que, acobardada la gente por el diluvio de hierro que despedazaba la arboladura, se abrigó bajo cubierta, negándose á continuar la pelea; dócil, sin embargo, á la voz enérgica y amada de Oquendo, volvió á sus puestos, prosiguiendo en la defensa bizarra, hasta que la oscuridad despistó á los contrarios. Durante la noche, sosteniéndose á flote con dificultad con el juego de cinco bombas, entró en Mardique, donde con admiración se contaron 1.700 balazos en el casco. Entró asimismo la capitana de Masibradi, con siete bajeles más de la escuadra de Dunquerque que no desampararon á la insignia. Del resto se rindieron nueve á los holandeses en estado tal de ruina, que tres de ellos, el del almirante Feijó, el del maestre de campo D. Gaspar de Carvajal y la almiranta de Vizcaya, se sumergieron al llevarlos á los puertos de Holanda, arrastrando con ellos al fondo á los aprehensores. Los demás embarrancaron en las costas de Francia ó de Flandes por no entregarse al enemigo. Nueve de los que va-

«Sabréis luego si la mujer de D. Lope de Hoces sabe la muerte de su marido, que quizá por estar tan recién parida se la tendrán encubierta. Y si la supiera ya, iréis luego en mi nombre á visitarla y consolarla en su trabajo, diciendo cuánto he sentido la pérdida de tan buen vasallo y tan valiente soldado. Y juntamente, que la hago merced de titulo de Conde para su hijo y sus sucesores, y á ella y al hijo, que gocen de la plaza del Consejo de Indias, que tenia su padre, por su vida. Y una futura sucesión de 2.000 ducados de encomienda para el muchacho, con tal que cuando éntre á gozarla le vaque otra tanta cantidad de lo que gozara en el Consejo de las Indias. Y á su hijo se le recibirá desde luego por menino de la Reina. Y á su hija se le hará merced para quien casare con ella. Si no supiere la muerte de su marido, suspenderéis esta orden hasta que la sepa.»

El titulo fué de Conde de Algeciras de Hornachuelos, según Salazar, *Dignidades de Castilla*.



raron en las Dunas en el momento de salir, pasaron luego á Dunquerque.

Incluyendo á todos éstos, calcularon los escritores más exagerados del tiempo la pérdida de España en 43 bajeles y 6.000 hombres; y aunque, exagerando también, hubo autor holandés que se vanagloriaba de no haber costado á su nación tan señalado triunfo más que la pólvora y las balas consumidas, reconocieron otros la desaparición de 10 navios, quemados ó idos á fondo, estimándose en unos 1.000 los muertos que callaron.

¿Pudo Oquendo adoptar resolución mejor que la llevada á cabo? Una vez en las Dunas, no cabía otra más honrosa ni que ofreciera probabilidades de salvar alguna parte de la armada. Al ancla se hubiera perdido de seguro; en la mar, fiando en el valor de la gente, algo había que esperar también de la fortuna. Desgraciadamente, le fué contraria en todo: redujo á la mitad su fuerza la torpeza del Almirante general, si torpeza fué y no intención torcida la que varó en la rada misma á los navios de la escuadra de Galicia ¹; la niebla desunió á los que le quedaban, siendo causa de que, rodeándolos, dispersos, los acosaran los enemigos con el poder de ciento á veinte. Disponían éstos, además, de un arma terrible que no usaban todavía los españoles: no obstante, con tanta bizarría pelearon, que solamente nueve de los navios, destrozados, inútiles, se rindieron.

Oquendo correspondió á los antecedentes de toda la vida

¹ La opinión pública se pronunció contra el Almirante y los capitanes, juzgando que habian esquivado la pelea con enemigo tan superior. El general Oquendo se dolió de su conducta en los despachos dirigidos al Gobierno, que del lado de la opinión pública estaba. En carta del Cardenal infante, fecha en Bruselas á 29 de Octubre y dirigida á D. Antonio (*Colección Vargas Ponce*, leg. 15), lamentaba que no todos los navios le hubieran ayudado como debían. En otra particular, de Madrid á 27 de Noviembre, decían al P. Rafael Pereira, de la Compañía de Jesús, como eco, «Don Antonio de Oquendo escribió una carta á esta corte llena de lástimas y desdichas. Mucho se queja de que algunos cabos no hicieron su deber, causa principal del daño que recibimos. Diez y ocho galeones de los nuestros dieron á la costa, no se dice si de Francia ó de Inglaterra; siete perecieron en la refriega; la almiranta de D. Lope de Hoces se quemó con toda la gente.....» Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, Ms., legajo suelto de cartas.



al atravesar el Canal, sosteniendo combate, quizá sin igual en ningún tiempo. «Ya no me falta más que morir, dijo en Mardique, pues que he traído á puerto con reputación la nave y el estandarte.»

Del otro lado mereció Tromp elogios, más que por el fácil triunfo final, por la habilidad con que cortó el camino á la armada española cuando contaba con fuerzas inferiores: mostróse entonces superior en táctica y maniobra, no sólo á su contrario, á los almirantes de su época, rompiendo con la tradición de la batalla en media luna al formar la línea de combate en fila cerrada, ciñendo el viento, que se adoptó en lo sucesivo, evitando cuidadosamente el abordaje, sirviéndose de la artillería con rapidez y precisión, con que vino á ser decisiva en las funciones de mar.

Hasta el presente no se ha considerado la batalla de las Dunas más que como episodio en la vida de D. Antonio de Oquendo, que enaltecía sus méritos, que acrisolaba su valor personal con la admirable travesía que hizo del Canal de la Mancha por medio de un centenar de navíos enemigos, combatiendo sereno nueve horas con la flor de los almirantes de Holanda: Tromp, Witt, Evertzen, Bankert, Cats, Van Galen, Joll (*Pie de palo*), hasta poner en el puerto de Mardique, con la capitana acribillada, enhiesto y seguro el estandarte real de España. Los historiadores generales apuntaron el suceso como uno de tantos, sin examinar las circunstancias; los de la provincia de Guipúzcoa se sirvieron de él para el elogio de un hijo preclaro, cuyas acciones inspiran al diti-rambo. Juzgólo el Dr. Camino, en su *Historia de San Sebastián*¹, «hombre célebre, digno de compararse con los más esclarecidos héroes que hicieron prodigios de valor en el teatro de los mares», apreciación conforme con las del padre Henao, en las *Ilustraciones de Vizcaya*; con las de Martínez de Isasti, en el *Historial de Guipúzcoa*; las de Gainza, en la *Historia de Irún*, y las de D. Miguel de Oquendo, hijo respetuoso y amante que, en libro dedicado á su provincia, con

¹ Manuscrita.



titulo de *El héroe cántabro* ¹, escribió panegirico estimable.

Desde aquí, resbalando en la pendiente del encomio, han caído escritores entusiastas sucesivos en hipérbole errónea, confundiendo el libramiento de la capitana con el de la armada á que servía de cabeza, considerando victorioso el suceso que, en puridad, se traduce por sensible desastre; pero no le es imputable la invención de la especie, porque á raíz de la ocurrencia se refirió como triunfo en la corte ², y cortesano historiador la comentó sentando sin contradicción: «Este es el suceso que tuvo la armada del Rey, puesta en la mar para echar el francés de España y llevar el socorro á Flandes, habiendo logrado el uno y el otro objeto, y que, peleando con tanta desigualdad, venció mucho más que perdió; sin medirse los daños en un monarca á quien rodean tantas riquezas, sino con las glorias solamente, que consisten en el alcanzar el intento y en la manera de conseguirlo» ³.

Aun más: en documento público oficial se cometió, tiempo adelante, la falsedad de asentar que, derrotado el enemigo, se le siguió tanta ignominia que quitaron la cabeza al General de la armada ⁴.

Influida desde entonces la opinión en este sentido, al erigir en San Sebastián estatua al insigne marino (1894), fué consultada á la Academia de la Historia una inscripción que pareció al Cuerpo demasiado expresiva, dado que á los pueblos sienta la modestia tan bien como á los individuos que los constituyen. No se aceptaron, sin embargo, las razonadas

¹ Impreso en Toledo, año 1666, en 4.º Las estimaciones y biografías que han salido á luz desde entonces son muchas, siendo de citar la de Vargas Ponce en el *Discurso sobre importancia de la historia de la Marina*. Don Nicolás de Soraluce reprodujo las impresiones antiguas en su *Historia general de Guipúzcoa*. Don Francisco R. de Uhagón ha enseñado algo nuevo con las pruebas para el hábito de Santiago concedido al héroe, publicándolas en la *Revista Vascongada*. (San Sebastián, 10 de Octubre de 1894.)

² Circuló en los primeros días, impresa en 4.º, *Relación de la gran victoria que tuvo don Antonio de Oquendo contra cuarenta navios olandeses en la Canal de Inglaterra*. Año 1639. En Sevilla, por Juan Gómez de Blas.

³ Malvezzi, *Sucesos principales de la monarquía de España en el año 1639*.

⁴ *Titulo de Marqués de San Millán á D. Miguel Carlos de Oquendo, expedido en 10 de Julio de 1689*. Impreso en cuatro hojas en 4.º Copia en el Apéndice núm. 11.



observaciones que se permitió, y en la nueva inscripción redactada persevera la idea de haber sido Oquendo declarado invencible por sus enemigos ¹. Consta, pues, así en monumento, y por ello, por los juicios emitidos en periódicos de la localidad, y aun por la cita de un bosquejo histórico como fundamento ², parece necesario dar á conocer las fuentes de que me he servido al redactar el capítulo antecedente y poner en apéndices los comprobantes. Habrá, sin duda, muchos más en el archivo de Simancas; no he podido registrarlos.

Empiezan los acopiados con carta del cardenal Richelieu al embajador en Holanda, Conde de Estrades, noticiando la preparación de la armada en la Coruña y encargándole inclinara al Príncipe de Orange á combatirla. El Conde contesta quedar satisfecho su deseo y formado el plan de des-

¹ La inscripción esculpida en el pedestal en dos idiomas, castellano y vasconce, reza:

AL GRAN ALMIRANTE
DON ANTONIO DE OQUENDO,
CRISTIANO EJEMPLAR
Á QUIEN EL VOTO DE SUS ENEMIGOS
DECLARÓ INVENCIBLE,
DEDICA ESTE TRIBUTO DE AMOR
LA CIUDAD DE SAN SEBASTIÁN
ORGULLOSA DE TAN PRECLARO HIJO.

LA MARMORA (*sic*)
PERNAMBUCO
LAS DUNAS,

DON MIGUEL DE OQUENDO,
DON LOPE DE HOCES,
DON MARTÍN DE VALLECILLA.

SAN SEBASTIÁN, 1577.
LA CORUÑA, 1640.

Las inscripciones proyectadas antes que ésta se escribiera, y las consultas que mediaron, están insertas en el *Boletín de la Academia de la Historia*, año 1894, tomo XXV, pág. 381.

² Bosquejo encomiástico de Oquendo que publiqué en el almanaque de *La Ilustración Española y Americana* para el año 1881.



truir las naves en las Dunas, sabiendo positivamente que surgirían allí. En otro despacho comunica la realización.

Oquendo circuló á sus naves, el 31 de Agosto, instrucciones para la navegación y combate, de que sólo he encontrado extracto en colección de documentos de los enemigos. Acompaña el orden de batalla en media luna con nombres de los navíos, que son 57; menos de los que los mismos enemigos suponen. De parte de aquéllos, los que partieron de Cádiz, hay resultado de la muestra pasada á la gente de mar.

Emprendida la jornada, son los despachos de Oquendo los que más interesan. Su hijo D. Miguel y el Dr. Camino insertaron el principal en las obras mencionadas; á otros aluden las cartas del Cardenal infante, también citadas y publicadas en el *Memorial Histórico*¹, que al mismo tiempo condensan la impresión del público en sus diferentes manifestaciones².

Hacen fe asimismo las que trazó el almirante Francisco Feijó Sotomayor, testigo de vista, prisionero en la fortaleza del Haya después de la batalla, á cuyo final hubo de rendir el bajel yéndose á pique. Su relación es extensa, movida, llena de pormenores expresivos del mal estado de los navíos, faltos de todo, de artilleros principalmente, habiendo de pelear con enemigo que en el manejo de los cañones ponía el suceso. Dibújase en las frases respeto y admiración al general en jefe, cuyas providencias alaba, pensando, sin inculpar á nadie, que por no cumplirlas ocurrió la rota, siendo así «que muchas veces sucede ganar las victorias más con el desorden ajeno que con el valor propio».

El ayuda de cámara Matías de Novoa nos ha dejado reflejo de lo que se decía en el Palacio real, centro de comunicaciones y noticias, sin perder ocasión en el relato, lo mismo que en toda su historia, de aplicar al Conde-Duque cuanto mal le dictaba la animosidad. Muéstrase enterado de los planes que fraguaban los enemigos con anterioridad á la salida

¹ Tomo xv, páginas 347, 357, 371, 377, 387.

² En las que ahora llamamos gacetillas. Una apareció nombrada *Sumario y compendio de lo sucedido en la monarquía española y otras partes del mundo desde Marzo de 1639 hasta Marzo de 1640*. Impresa en folio, sin lugar.



de la armada, así como de las negociaciones con el rey de Inglaterra, que critica; censura agriamente el proceder del almirante D. Andrés de Castro y el de los capitanes de la escuadra de Galicia, dando por sabido que «infamemente dieron con ellos en tierra, faltos de corazón y de prudencia, desatinados y fuera de sí, faltando al honor y al prezo de la generosa sangre española». A Oquendo no alaba ni culpa, limitándose á indicar que, en vez de surgir en las Dunas, debiera haber recogido la armada en los puertos de Flandes.

Muchos años después, en los nuestros, ha formado el almirante portugués Costa Quintella la relación que sigue, falta, como es de suponer, del tinte en que están bañadas las contemporáneas, ilustrada, en cambio, con la crítica moderna, con el conocimiento técnico de la profesión y con la comparación de documentos existentes en los archivos de la Corona de Portugal, por lo que supera, á mi ver, á las otras al referir paso á paso los acaecimientos de la jornada. Estima que Oquendo, excelente marino y capitán, no dió pruebas de poseer en igual modo las dotes de general ó de caudillo, ni las de diplomático tampoco.

Debe oírse en todo proceso á las dos partes, y llega vez á la holandesa, usando de la versión de M. Eugène Sue, nada sospechosa siendo de amigo y aliado. Pasemos por la hipérbole en el señalamiento de naves y soldados; reconoce que el socorro fué desembarcado en Flandes y que la escuadra de Tromp se aumentaba tanto de día en día que la gente de Oquendo preguntaba si llovían navíos en Holanda; declara que los bajeles y los castillos ingleses dispararon indistintamente contra los beligerantes desde el momento en que salieron de las Dunas. Doliéndose de la muerte de D. Lope de Hoces con los *mil mosqueteros* que llevaba á bordo, especifica la destrucción ó apresamiento de los demás navíos, notando que la victoria, la hermosa acción del almirante Tromp, no costó á Holanda más que la pólvora quemada.

Le Clerc estuvo más circunspecto, rivalizando en la exactitud de cifras con su compatriota. Lo más interesante de su obra para el caso presente es la descripción y dibujo de una



medalla acuñada en memoria de la derrota española. Escritor de menos notoriedad lo hizo de las fiestas celebradas en El Haya, con pormenor de los fuegos de artificio, en que se gastó la suma considerable de 80.000 florines.

Todavía es bueno saber la opinión de los ingleses, neutrales á su modo, según los datos recogidos por el Dr. Campbell. Confirman la intimación á la armada española de abandonar el surgidero; la benevolencia ó debilidad con que se consintió á los holandeses bloquearla y la comedia representada para cubrir las apariencias ¹. Las simpatías del pueblo inglés estaban con los herejes: ¿quién lo duda? No más difícil es conjeturar adónde apuntarían los cañones de bajeles y castillos cuando rompieron el fuego defendiendo la inviolabilidad del asilo.

Si de lección sirvieran los sucesos históricos, no debería caer en saco roto la del daño que causa el afán de excitar la curiosidad pública, y mucho más aún el de satisfacerla con noticias que abren los ojos del enemigo; afanes llevados por la prensa periódica actual á un límite insensato, opuesto á los fines de la guerra, cuya realización depende del secreto.

Relativamente á la apreciación en Inglaterra de puntos concretos en la jornada, nos dejaron apunte curioso las declaraciones tomadas en Sanlúcar el día 3 de Diciembre de 1639 á pasajeros del navío inglés del capitán Thomas Guillermo (¿Williams?) que habían presenciado los combates del 18 de Septiembre y del 21 de Octubre. Dijeron haber causado maravilla el incesante tronar de la artillería desde la mañana á la noche, con intensidad y rapidez que daba á suponer consumo enorme de municiones. Así gastaron las que tenían ambas escuadras. Deponían los testigos ha-

¹ «The first hostility having been indisputably committed by the Spaniards, was a plea of which the Dutch made use in their justification to us; and at the same time became a sufficient argument to defend the conduct of the English government, which otherwise would have appeared repugnant to the law of nations in suffering one friend to destroy another within its chambers.» (Campbell, *Lives of the British Admirals*.)



ber oído hacer elogios de los generales Oquendo y Hocés ¹.
¿Qué impresión produjeron en el Palacio de Madrid las nuevas? Al decir de Novoa, fué la pérdida de gravísimo sentimiento para el Rey y para sus Ministros; externamente se significó con orden de proceder al armamento inmediato de otra escuadra ², y con la embajada extraordinaria á Inglaterra del Marqués de Velada.

APÉNDICES AL CAPITULO XIV.

NÚMERO I.

Documentos de interés para el juicio de la batalla de las Dunas, extractados de la colección «Lettres, mémoires et négociations de M. le Comte de Estrades». Londres, 1743.

Carta del cardenal Richelieu al Conde de Estrades, 15 de Agosto de 1639.

Le avisa que en Coruña se dispone una escuadra de 50 navíos mandada por D. Antonio Doquendo (de Oquendo), el hombre de mar más hábil que tiene España; ha de embarcar 12.000 hombres para Flandes; se le unirá la escuadra de Dunquerque. Diga al Príncipe de Orange que nada mejor ni más glorioso pudiera hacer que despachar prontamente armada poderosa para salir al encuentro de la española y batirla.

Carta del Conde de Estrades á Richelieu, 26 de Agosto.

Ha cumplido el encargo; sabía la noticia, y aun más: que Oquendo ha recibido instrucciones ordenándole entrar en las Dunas y pasar desde allí

¹ Consta la información enviada á la corte por el Duque de Medina-Sidonia en la *Colección Navarrete*, t. xxxii.

² Real cédula dirigida al Duque de Medina-Sidonia, de Madrid á 17 de Noviembre. Tiene aviso que la armada fué acometida en el puerto de las Dunas por 126 bajeles holandeses, estando bajo la artillería de los castillos, y advertido Oquendo por el cabo de 14 bajeles del Rey de Inglaterra que tenía orden de pelear contra el primero que hiciera acto de hostilidad: no se saben pormenores. Para reparar lo sucedido urge componer otra armada con bajeles comprados ó tomados á sueldo. La misma colección y tomo.



la infantería con la escuadra de Dunquerque y auxilio de ingleses á fin de no arriesgar combate. Espera que se armarán en Holanda dos escuadras: una de 50 naves de guerra y 20 de fuego al mando de Tromp, que estará presta en diez días, con mandato de salir al encuentro de la española; otra de 40 de las primeras y 10 de fuego á cargo del vicealmirante Evertsz, que es muy estimado. El Príncipe está resuelto á destruir al enemigo en las Dunas, sabiendo positivamente que tiene orden de entrar allí, y así no se hará al pronto más que inquietarle en las alas con una escuadra destacada hasta que se halle en el puerto. Entonces, esperando la llegada de Evertsz, hará entender al Almirante de Inglaterra la orden que tiene de combatir, rogandole retire sus navíos, á menos que no quiera ponerse á su lado; pero que en todo caso, si no se mantiene neutral, le combatirá también. Esto encarga el Príncipe de Orange que le transmita (t. 1, página 40).

Carta del Conde de Estrades á Richelieu.

Despacha correo para hacerle saber la derrota de la escuadra de España á pesar del asilo que el rey de Inglaterra la dió en uno de sus puertos. El Almirante de esta nación, conocida la resolución de Tromp, retiró á un lado sus navíos y se mantuvo neutral. Duró el combate cuatro horas; el galeón *Teresa*, almirante de Portugal, fué incendiado; tenía 100 cañones de fundición y 500 soldados. Otros 12 navíos grandes han sido quemados ó hundidos; 16 de presa, llevados á Flessingue con 4.500 prisioneros; 14 perdidos en las costas de Boulogne y Calés. Se ha salvado la escuadra de Dunquerque retirando á D. Antonio de Oquendo de entre 10 navíos que le tenían acosado. Se han perdido de Holanda 10 navíos, hundidos ó quemados. Es la victoria más completa que se haya visto jamás (t. 1, página 44).

NÚMERO 2.

Instrucciones de D. Antonio de Oquendo á la armada de su mando, según el extracto publicado en la «Correspondance» de Henri D'Escoubleau de Sourdis, archevêque de Bordeaux». París, 1839, t. III, pág. 54.

Coruña 31 de Agosto de 1639 ¹.

Todas las personas que están á su cargo confesarán y comulgarán antes de salir, y durante la navegación evitarán toda especie de pecados públicos, principalmente blasfemias y juramentos.

¹ En el libro citado, por error evidente, se pone 1641. año en que ya no existía Oquendo.



Los capitanes de los navíos han de tener advertencia de que, tan luego se aviste la escuadra enemiga, se ha de combatir abriendo camino hasta Dunquerque; y de no conseguirlo, volver á España, sirviendo de punto de reunión el puerto de Santander.

Cuidarán, en consecuencia, que desde la salida estén desembarazados y dispuestos á la pelea, que durante ésta haya silencio; esté elegida gente para distribuir pólvora y municiones y para saltar al abordaje.

Item, de noche no perderán de vista el farol de la capitana.

Ningún navío combatirá con la capitana enemiga, que el General reserva para el suyo; si no pudiera acercarse, los más próximos la entreterdrán hasta que llegue, pero todos tendrán libertad de pelear como puedan, en la inteligencia de ser necesario vencer ó morir.

La armada formará en media luna conforme á los puestos señalados.

Navegando á la bolina habrá mayor cuidado de no embarazarse, pena de la vida.

Si se avistaran velas, irán á reconocerlas los navíos de Dunquerque.

En casos imprevistos en que no sea posible enviar órdenes escritas, las dará el General de palabra.

Recomienda la unión en todas circunstancias.

Durante el combate estarán al lado de la capitana los pataches *San Antonio* y *San Agustín* y la fragata *Santa Ana*.

El General confía en la capacidad de los jefes.

ORDEN DE BATALLA EN MEDIA LUNA ¹.

Capitana Real.

Patache *San Antonio*.

Patache *San Agustín*.

Santa Teresa.

San Jerónimo.

San Agustín.

Gran Alejandro.

Santa Ana.

San Sebastián.

Santa Catalina.

San Lázaro.

San Blas.

San Jerónimo, de Masibradi.

¹ Se corrigen los nombres notoriamente equivocados.



San Nicolás.
Santiago, de España
San Juan Bautista.
Esquevel.
San José, de Dunquerque.
Los Angeles.
Santiago, de Portugal.
Delfín Dorado.
San Antonio.
San Juan Evangelista, de Dunquerque.
El Pingue.
San Carlos, de Masibradi.
San Nicolás.
San Miguel.
Orfeo.
San Vicente, de Dunquerque.
San Martín, de Dunquerque.
Nuestra Señora de Monteagudo.
Santiago, capitana de Galicia.
Capitana de Masibradi.
Santo Tomás.
Nuestra Señora de Luz (?).
Santa Clara.
San Gedeón, de Dunquerque.
San Jacinto.
San Carlos, de Dunquerque.
Santo Cristo de Burgos (?).
San Pablo.
San Miguel.
La Corona.
La Presa.
San Esteban.
San Pedro de la Fortuna.
Los Angeles.
Aguila Imperial.
La Mujer.
Santo Domingo de Polonia.



Relación de la gente de mar que se halló abordo de los navios de la armada en Cádiz el 29 de Julio de 1639. (Colección Vargas Ponce, leg. 15.)

Capitana Real.....	211
Almiranta Real.....	140
Santiago, de Castilla.....	53
San Pablo, presa.....	55
Esquevel.....	55
Corona.....	67
Los Angeles.....	55
Patache Jesús Maria.....	38
Urca San Pedro Mártir.....	53
Urca Fama.....	56
Saetía Santa Teresa.....	20

ESCUADRA DEL GOBERNADOR MARTÍN LADRÓN DE GUEVARA.

San Pedro el Grande.....	100
El Gran Alejandro.....	81
San Esteban.....	82
Santiago.....	54

ESCUADRA DEL GENERAL MASIBRADI.

Capitana.....	76
San Carlos.....	60
San Blas.....	53
Santa Cruz.....	55
San Nicolás.....	55
San Jerónimo.....	46
San Pablo.....	25
Patache.....	27

NÚMERO 3.

Cartas del almirante D. Francisco Feixó dando cuenta de la pérdida de los navios de su armada.

Aunque en esta prisión no me dan licencia para escribir, y se leen las cartas que vienen y que envío, parece que no cumpliera con mis obliga-



ciones si no la solicitara para dar cuenta á V. S. del infeliz suceso de nuestra armada; y tomando desde el primer accidente, digo, señor, que habiendo llegado con felicidad cerca de Calés á 15 de Septiembre, se descubrieron 18 bajeles de la armada de Olanda, al anochecer, por nuestro barlovento, y el día siguiente se volvieron á ver en la misma parte, de nuestra vuelta, con poco viento: á la mañana puso la proa á ellos nuestra capitana, siguiendo toda la armada, no haciendo ellos más diligencia que conservar el barlovento. Conocióse en el Sr. D. Antonio Oquendo deseos de abordar, pues sin disparar piezas de artillería se llegó á la capitana contraria, recibiendo las cargas de ella; pero prevenido de buen marinero el otro General, se hizo á la vela, y viendo empeñada nuestra capitana sobre su popa, se reparó de modo que se volvió á quedar por barlovento, y antes que nuestra capitana quisiera valerse de su vuelta, se fué saliendo el enemigo por su barlovento de toda nuestra armada; porque como los galeones de España son valerosos (*sic*), recogen más agua y tienen mayor abatimiento con los vientos y corrientes: pelearon valerosamente, y el enemigo con mucha gallardía se fué renovando al viento, cañoneando de lejos. Nuestra capitana quedó algo desaparejada, y disparando una pieza de recoger, para seguir su viaje á meter el socorro, que era el fin principal á que venía. Llegó la noche, y todo el discurso de ella fué que andaba el contrario por nuestro costado, siempre á barlovento á la banda de Francia, disparando cada media hora artillería. Con que nos persuadimos que llamaba á sus escuadras, que tenía repartidas, como fué, pues incorporándose á la media noche, nos embistieron á cañonazos 36 bajeles, trabándose la batalla y escaramuza de ambas partes, que fué la mayor de cañonazos que hasta hoy se ha visto en la mar ni tierra, pues duró incesablemente disparando de una parte y otra desde aquellas horas hasta el otro día á las tres de la tarde. Todos los bajeles de nuestra armada, ó por las corrientes, ó por no poder más, se pusieron á barlovento de la capitana, donde sólo hacían daño á los nuestros sin ofender al enemigo por las muchas balas que pasaban por encima de los primeros. Quedáronse solas: la capitana donde iba el general D. Lope de Hoces; la *Teresa* y mi bajel cañoneando. La capitana abatió las velas de gavia para esperar; yo hice lo mismo; pero no se resolvieron á abordarnos por parecerles ser más fuerte nuestra mosquetería, conociendo superioridad en su artillería y artilleros. Dejáronnos tan desaparejados á todos tres, que parecían arneros las velas; desenjarciadas la capitana y la *Teresa*, destrozados los árboles y mi bajel, rotas las vergas de gavia y mesana: aunque tan maltratadas, viendo que á su sotavento por popa habían abordado bajeles del enemigo con dos de nuestra armada, no pudimos socorrerlos por estar el puerto en calma, con que no se pudo estorbar



que se llevasen uno, que era un filipote con gente bisoña. La capitana ya rendida por hallarse tan manca y desaparejada, sin balas, sin pólvora, ni municiones, porque á ambas armadas se les acabó, para poder tomar el puerto de Matrique le fué forzoso tomar el de las Dunas para aparejarse y repararse de lo necesario, y la almiranta real, donde iba D. Andrés de Castro, por haber peleado toda aquella noche con mucha continuación y viveza, quedó asimismo destrozada.

La armada de Olanda, que también se le había acabado la pólvora y municiones, arrimó á Calés, y desde allí despachó el bajel á Olanda con aviso de lo que había, y que intentaba, en recibiendo las municiones que allí le habían de dar, ir á dar fondo á nuestra posesión, á la misma parte de Dunas, para estorbar el paso de no entrar el socorro en Dunquerque.

Habiéndose aprovechado en menos de veinte horas, vino á ejecutarlo y á dar fondo en la punta que hace recodo á aquel surgidero, á tiro de arcabuz de nuestra armada, que habiéndose llegado á aquel paraje antes de su llegada, y después de haber tenido algunas diferencias con el Almirante de Inglaterra que se hallaba allí con ocho bajeles de guerra, sobre abatir las banderas, fué preciso lo hiciese el Sr. D. Antonio, por la falta de pólvora y reparos forzosos, y por otros respetos bien considerados, que se representaron, y así después nos dijo el mismo Almirante inglés que nos mejorásemos más adentro en el lugar adonde él estaba, y zarpando para dárnosle bastante, se fueron sus bajeles á surgir en medio de la armada nuestra y de la de Olanda.

Esta misma noche hizo grandes diligencias el Sr. D. Antonio para enviar á Dunquerque las fragatas y embarcaciones menores, y se lució bien, disponiéndose con tanto cuidado que se pudo conseguir, y el día siguiente, al amanecer, entraron en Matrique 14 bajeles con tres mil soldados. El General de Olanda fué repartiendo de sus navíos escuadras por nuestro costado, á la banda de la mar, para que estuviesen en buena guarda.

El Sr. D. Antonio, luego que llegó, despachó á Bruselas á Su Alteza; á Londres, al embajador de España, representándoles el estado en que se hallaba, y que no podía hacer efecto ninguno en meter el socorro, ni pelear; que tenía su capitana con muchos desaparejos y lo mismo la *Teresa*, almiranta real y capitana de guerra y algunos bajeles; y los ingleses no tenían grano de pólvora ni municiones, y creciendo, según lo estimaba, estas necesidades, que le proveyeran con brevedad de lo necesario. Estuvo esperando más de un mes sin que llegase la pólvora, sino alguna gente de mar de Dunquerque y algunos soldados valones para sus navíos que estaban desarmados, y viniendo un barco de árboles y tomándole una fragata



de Olanda, anduvo tan gallardo su General, que se los envió al Sr. don Antonio para que se aparejasen.

En este tiempo que se esperaba la pólvora y lo demás necesario para salir á pelear y navegar, que había ido por ello á Londres el veedor de la armada de Dunquerque, no lo pudiendo el Sr. D. Antonio remediar, por ocasión de ir remitiendo el socorro que faltaba en barcos de pescadores que Su Alteza enviaba, que con harto riesgo entraban y salían por la armada enemiga, no se descuidaban los de Olanda en enviar bajeles de refresco con mucha gente de mar y guerra bien pertrechados de todo lo necesario, se agrosó de 95 bajeles de guerra y 15 de fuego, que demás de haberlos nosotros contado, me dijo su General, que me vió en la prisión, este mismo número que abajo referiré.

Y aunque desde el principio que se dió fondo en Dunas se tuvo entendido que los Estados, estando cerca, habían de crecer su armada de más fuerza y poder, y que les sería fácil por habérselos de ofrecer los navíos de las compañías de las Indias y los del convoy, para el efecto, y hallarse siempre prontos para navegar, por la facilidad con que se hace, y junta gente de mar, por haber tanta, que asimismo me lo ha dicho el Almirante de Inglaterra, no se pudo resolver el Sr. D. Antonio á salir antes que este poder se juntase, por las faltas ya dichas, y por no desamparar lo que allí había de socorro, que era el principal intento de su armada.

No obstante esto, llamó á junta y consejo, donde quiso saber lo que le faltaba á cada bajel, que fué mucho, y pidió su parecer á cada uno, á que se respondió representándole la falta de todo que tenía nuestra armada, y en particular de gente, porque con la enfermedad que había habido generalmente en todos los bajeles, se habían muerto muchos, y muchos estaban enfermos, y el mayor número de los demás eran gallegos forzados, que ninguno de ellos se había embarcado, y tan acuitados é inútiles que no eran de ningún servicio, y que siendo la artillería el instrumento más importante para abrir el camino de la felicidad, y la que más obra, particularmente batallando con navíos de Olanda, porque son diestros en ella y pelean de lejos y cubiertos sin querer abordar, tenía nuestra armada tanta falta de artilleros, que trayendo el enemigo por cada pieza dos y un ayudante, no alcanzaba un artillero para cuatro piezas, y que nuestros navíos no tenían cuatro artilleros, y que los más que había eran inútilés en el ministerio, y que la mayor parte de la infantería era nueva y desnuda, dos cosas harto á propósito á amedrentar el ánimo de esta gente, pues en los más de los navíos sólo había las espadas de los oficiales, como se echó de ver después en los que se tomaron, de que no hicieron poca burla en los Estados, y que asimismo, si salíamos á la mar contra tan grande po-



der, nos habían de ir siguiendo toda la Canal y desaparejando todos los bajeles uno á uno, pues siendo los suyos mejores de vela y barlovento, y habiendo salido más limpios y más frescos, harían de los nuestros lo que quisieran, como sucedió el año de 1588, cuando vino á estos mares aquella armada tan poderosa de España á cargo del Duque de Medina, que con ser la del enemigo muy inferior en el poder, la desbarató y deshizo, y que así sucedería siempre que viniese armada de galeones gruesos á la Canal, y que si saliendo á la mar nos fuese el enemigo arrinconando á alguna costa ó por los vientos ú otro accidente, siendo preciso andar bordeando, se podía temer perdernos en aquellos bancos y angostura, por ser nuestros bajeles, como está dicho, más balumbosos y pescar más agua, con que forzosamente había de ser mayor el abatimiento que el de los suyos, y que si perdía esta armada, se considerase en cuánto espacio se podría componer otra en España, y demás destos inconvenientes, representaron otros de mucha fuerza para que se atendiese bien á la resolución, y que pues al parecer, según la seguridad del Inglés, no se podía temer hostilidad en sus puertos, debajo de sus castillos y de un estandarte de su armada, que la nuestra se estuviese queda, con cuidado y vigilancia, y mientras se acababa de reparar y llegar la pólvora se diese cuenta á Su Alteza con relación del poder del enemigo con 95 bajeles de guerra y 15^o de fuego, y que de nuestra armada sólo podían salir hasta 38 con los pataches, por si se ofrecían algunos medios por el Rey de Inglaterra ú otro camino, para que se pusiesen las cosas en mejor estado.

Habiendo discurrido largamente sobre esto, dijo el Sr. D. Antonio que bien considerado tenía lo que se había propuesto, y que despacharía luego á S. A., pero que en caso que no respondiese tan presto, se resolvía de repararse con toda priesa, y en llegando la pólvora, salirse á la mar con el primero tiempo oportuno, pasando por el enemigo aunque lo echasen á pique, porque no tenía seguridad de que la armada de Olanda guardase respeto á los puertos de Inglaterra, y más, viéndose con tan superior poder; y que si allí le habían de desbaratar y abrasar, era más hermosa terminación morir peleando en la mar, poniendo en manos de Dios el suceso; y que dejaría en aquel puerto los bajeles que no eran de servicio, amarrados, en los cuales repartiría la gente, siendo solo este medio de que al presente podía valerse. En este parecer y resolución se conformaron todos con mucho valor y ánimo, y se comenzó así, sacando de algunos bajeles que se habían de quedar la artillería y pertrechos.

Había crecido tanto la enfermedad en nuestra armada que estaba la marina llena de cuerpos muertos y los bajeles de enfermos, que no era de maravillar, según el mucho trabajo y desvelo con que estaban de día y de



noche, con las armas en las manos y mucha desnudez y falta de bastimentos.

La pólvora que se esperaba en Londres no vino hasta los 20 de Octubre en la noche, que llegó un barco con alguna jarcia y poca pólvora, que se repartió á los navios de más necesidad.

El enemigo, ó ya conociendo estas faltas, ó ya por tener orden de sus Estados para embestir, amaneció toda la armada á la vela, y aunque otras veces lo había hecho, tendía las suyas la armada inglesa, como amenazando que si se le perdía el respeto peleando en sus puertos y en presencia de su estandarte, pelearía con el que se le perdiese, y así, las veces que se había levado, volvía á dar fondo; pero á los 21 de Octubre fué mejorando á barlovento sin hacer caso del amago del Inglés. El Sr. D. Antonio dió orden á nuestra armada no disparase aunque el enemigo anduviese barloventeando; él comenzó á disparar á nuestra armada, y los navios de fuego á acercarse, y uno de los que estaban dando fondo se vino tan cerca, que á no darnos buena diligencia, fuera contingente quemarnos; pero teniendo las hachas y balas listas, quitando el cable y largando el trinquete, salimos á barlovento, con que le dejamos por la popa, y los demás navios que estaban tras el mío largaron las suyas. La capitana y demás armada hicieron lo mismo: esto sería á las ocho de la mañana, que sobrevino tal cerramiento de neblina, que no se descubría un bajel á otro, causa de que llegasen á tierra más de lo que era menester, y viniendo nuestra armada sobre mí, me obligó á arrimarme á la costa más de lo que quisiera y aunque les dimos voces que arribasen, porque estaban en poco fondo á causa de ir yo sondando, ó no lo oyeron, ó no cuidaron los pilotos del gobierno, y forzaron á encallar con la popa; accidente que no me dejó sangre, por lo que podría ocasionar de que se juzgase falta de valor el irme á tierra, y así, haciendo diligencias para desencallar, pasando la gente de golpe á proa lo conseguí, deseando más morir peleando en la mar siguiendo mi capitana, que vivir desairado en la tierra. Gobernamos la vuelta donde me pareció la hallaría, pasando cañoneándome por la armada del enemigo, con que me hallé junto á nuestro estandarte, fuera del puerto, aunque ya descalabrada la vela de gavia mayor. Hallámonos hasta 20 bajeles, quedando encallada en tierra la mitad de la armada, que nos hizo harto daño, pues si saliéramos todos juntos, tuviéramos por lo menos más en que se divirtieran las balas del enemigo y le diéramos más en qué entender.

Aclarado ya del todo el día, descubrimos el galeón de la *Teresa* algo por la popa á sotavento de todo el grueso de la armada del enemigo, como lo estábamos la capitana y un navío suyo, y los demás de nuestra



armada que se hallaron asimismo por nuestro sotavento, fuera de algunos que el enemigo había tomado á la salida del puerto, y no es ponderable decir lo que se batallaba con la artillería.

Cargó el Sr. D. Antonio las velas para esperar al Sr. D. Lope; yo hice lo mismo, arriando el velacho (que la de gavia, por estar descalabrada, no se mareaba ni podía servir de cosa), por conservarme con mi capitana, estando siempre en continua escaramuza, pero no le dió lugar á poder llegar á nosotros una escuadra de bajeles del enemigo que, desaparejándola de las velas de gavia, con la mucha frecuencia de la artillería le apretaba terriblemente, de quien se defendía con nunca visto valor, y gozando de la ocasión sin atreverse á abordar, le arrojaron tres navíos de fuego, de que pudo escaparse sin recibir daño, y se pegó á un navío de los suyos que estaba cerca de la *Teresa*, que se abrasó, escapándose alguna gente á nado; y viendo les había salido mal aquella facción, le arrojaron otros dos, que embarazándole por su proa le abrasaron con notable vehemencia, á tiempo que ya el Sr. D. Lope de Hoces había más de una hora que estaba muerto de un cañonazo que le llevó un brazo, y viendo no ser posible remediar el incendio, se arrojó la gente al agua, donde pereció casi toda, pues de más de 60 personas que llevaba [600?] no se salvaron más de 39 que recogieron los navíos de Olanda, quedando prisioneros, sin que nuestra capitana ni ningún bajel pudiese socorrer ni al navío ni á la gente, por estar á sotavento y cortados del armada del enemigo.

Visto, pues, este terrible espectáculo sin remedio, izó vela la capitana y yo el velacho, escaramuzando siempre la vuelta del Sueste; pero en poco tiempo me hallé sin gente, sin velacho ni aparejos, por habérmelos llevado á cañonazos, y así me quedé atrasado gran trecho de nuestra armada, tirándome todos al blanco, dejándome manco y desaparejado del todo, habiendo estado peleando desde las ocho de la mañana. Á la oración arribaron sobre mí y abordaron dos bajeles, que rechacé con la mosquetería; el uno se dejó caer por la popa llevándome con el bauprés el fanal y los altos del toldillo, matándome mucha gente en los corredores; el otro bajel se detuvo, pero llegando otros tres convoyando los de fuego, el uno de ellos nos abordó por la proa, que también volvió á largarse, y los otros dos que estaban al costado se iban apartando para dar lugar al fuego en caso que nos defendiéramos. La gente, atemorizada del incendio, comenzó á desmayar, pues fuera imposible escaparse un hombre. Viéndonos en tal conflicto y que ninguna diligencia ni valor podía ser bastante á remediar la desdicha, y que por ningún camino nos podíamos salvar, hallándonos solos, sin socorro y desaparejados, y en medio de 60 navíos y con cinco á bordo, viendo que de allá ofrecían cuartel, le acetamos, con



que detuvieron los fuegos, y arrimádosenos, metieron gente dentro, donde nos hallaron, en la crujía, al gobernador Juan de Matos, al sargento mayor de la escuadra D. Antonio Negerido, y á mí, y al almirante don Juan Feijó, mi sobrino, y atropellándonos un tumulto de gente, nos dejaron en cueros. Esto era á las dos horas de la noche, que se acabó la refriega, y nos pasaron á un navío de los suyos con parte de la gente, y la demás á otros, queriendo Dios, entre tanta confusión de balas y astillazos, dejarme con vida para mayor sentimiento.

Detúvose mi bajel y los otros dos días y dos noches en aparejarse para llevarlos al puerto, pero quedó tal el mío que se fué á pique en la costa de Fregelingas. Llevaron la gente á Rotterdam; al gobernador Juan de Matos y á mí á los Estados, teniéndonos en prisión, y nos visitan muchos príncipes y señores del país, diciéndonos que no lo hicieran si estuvieran informados de no haber bastantemente cumplido con nuestra obligación.

La armada enemiga fué siguiendo nuestra capitana y demás bajeles que iban la vuelta del Sueste, y después hemos sabido que en ella, con algunos dellos tomó el puerto de Mardique, y milagrosamente, porque con cinco bombas no podían sacar el agua.

Nunca nuestra armada guardó la orden de pelear tan clara y distintamente que había dado el Sr. D. Antonio á cada capitana y cabo de los bajeles, que fué la mayor causa de nuestra rota, que muchas veces sucede ganar las victorias más con el desorden ajeno que con el valor propio. /

Los bajeles que tomó el enemigo fueron (según dicen) nueve; el uno de ellos, que era galeón de Vizcaya donde venía el maese de campo D. Gaspar de Caravajal, se perdió en la mar, y otro, que era ya la almiranta dellos, se perdió, ahogándose en los navíos, con el mío, más de 120 olandeses: los demás trajeron á Amsterdam y á Fregelingas. La capitana de Vizcaya, donde iba D. Pedro Medrano, dicen se perdió en la costa de Francia, que por muerte del almirante Guadalupe se la habían dado. No se sabe la gente que salvó nuestra almiranta real, con otros navíos que se perdieron en Inglaterra, cuyo número no sé, encallando en el puerto de Dunas, aunque no la gente.

De los nuestros matarían hasta 400 hombres: de los enemigos, aunque no se dice, debió de ser cantidad, y dos navíos volados. Los prisioneros serán hasta 26, con algunos barcos que tomaron de la leva. Todo esto es según lo que he entendido por relaciones: lo que podré decir es que de los que sacaron de la gente de mi bajel prisionero, vienen á faltar más de 64, sin algunos heridos, que por haber peleado de noche y estar divertidos en apagar un fuego que se había prendido en los corredores, no se pudo saber más.



Bien se pudo temer este viaje, lastimando al cielo los llantos de los pobres gallegos que tan impiamente sacaron deste reino, labradores, casados y viejos, que sólo han servido de llamar á Dios, de engendrar peste y manifestar á reinos extraños y provincias enemigas falta de gente en España, que pudiera excusarse, pues se pudo sacar por otro medio suave gente moza, soltera y sin obligaciones, y si se hubiera de castigar al que dió el arbitrio, yo sé muy bien que no me engañara en la causa.

El general de la armada, capitanes y cabos della me visitaron y dijeron que «¿por qué la almiranta de Castilla se había ido á tierra en Dunas cuando su capitana salía á la mar á pelear?» Respondí «no sería falta de valor del que la gobernaba á pelear, sino descuido del piloto ocasionado de la obscuridad de la niebla de aquel día», y pasando al discurso de lo acaecido, pregunté: «¿cómo teniendo tan superior poder de la armada había usado guerra tan civil como la del incendio?» Respondió el general «que tenía bien conocida la fuerza de nuestros galeones, siendo su fin desbaratar nuestra armada con menos daño de la suya, y que bien había echado de ver las diligencias que el Sr. D. Antonio había hecho para abordar ó ser abordado, pero que él las había hecho en excusarlo, por la fuerza que conocía en nuestra capitana. Su almiranta, me dijo, me había llevado el velacho, y que, viniendo á abordarme con los demás, le había yo llevado de otro el mastelero». Discurrimos otras muchas cosas, á que satisfizo lo que se pudo.

Esto es, señor, lo sucedido, de que he querido dar cuenta á V. S., excusando otras particularidades que no hacen al caso de la relación; y aunque es verdad que por esas copias de cartas, la una del Sermo. señor Infante, escrita por su mandado, porque firma suya no viene á estos Estados, y la otra del Sr. D. Antonio, en razón de lo que escribí á S. M., pudieran consolarme de haber cumplido en parte con mis obligaciones, no tengo satisfacción de haberlo hecho, pues quedé con la vida, que quiso Dios dejármela, ó para mayores trabajos, ó mejores sucesos; y en cuanto á lo demás, estoy con el ánimo que siempre, porque nunca me desmayo ni desmayaré en la común desdicha. Guarde Dios. etc. Desta prisión y corte de Laya, 15 de Noviembre de 1639. Criado de V. S.—D. Francisco Feijó y Sotomayor.

Copia de carta de D. Miguel de Salamanca, secretario de S. A., escrita al almirante D. Francisco Feijó, prisionero:

Avisa V. m. de su llegada á esta prisión y sucesos que antes tuvo, por carta escrita á S. A. en 11 deste, y tiene bien conocido lo bien que V. m. supo pelear y los demás que ahí se hallan, cumpliendo con sus obligaciones; á mí me ha mandado que alentándoles se lo refiera, y que se queda



tratando de la libertad de todos con mucha priesa. Guarde Dios á V. m. 14 de Noviembre de 1639.

Copia de carta del Sr. D. Antonio de Oquendo al dicho D. Francisco Feijó:

La desgracia de V. m. la sentí sobre todas las de aquel-día: S. A. le da el pésame y alaba lo bien que V. m. procedió, y escribe á S. M., y en particular para su rescate. Fecho en Dunquerque á 4 de Noviembre de 1639.

Los nueve navíos que se salvaron en Dunas quedan ya en Dunquerque: mi vuelta se dispondrá para San Juan, porque los navíos tienen mucho que hacer: milagrosamente no nos habemos ido á pique con la capitana real, pues con cinco bombas no pudimos agotar el agua, y así nos hubimos de valer de puerto.

Biblioteca Nacional, H. 72, fol. 83. Copiado en la *Colección Navarrete*, t. VII, núm. 16.

En la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. CXLVI, número 67, hay copia de otra carta igual en la esencia, dirigida al Cardenal infante, que termina así:

«Al capitán y á mí nos han traído á este fuerte del Aya y nos tienen en prisión, desnudos, donde estamos esperando de la grandeza de V. A. aquello que más fuere servido y pudieran merecer treinta y tres años de servicio. Guarde Nuestro Señor la católica persona de V. A. como la cristiandad ha menester. Del Aya, 26 de Octubre de 1639.—Criado de V. A., Francisco Feijó Sotomayor.»

NÚMERO 4.

Narración de Matías de Novoa en la «Historia de Felipe IV», lib. VII, pág. 110.

Tenía nuestra armada gran nombre en aquel mar de opulenta y sobrada en bajeles, en cabos y soldados, y no la sabían, como la francesa, dar el número cierto: ya decían que era de 50, ya de 80 velas con 8.000 hombres, 700 italianos y algunos sardos, habiendo perecido los más que vinieron de aquella isla de la hambre y de los malos tratamientos, y los demás eran españoles: juntábase aquí el número de D. Antonio de Oquendo y el de D. Lope de Hoces, D. Andrés de Castro y la escuadra de Dunquerque. Fletáronse algunos navíos ingleses para llevar la gente del socorro, á escudo por hombre; éstos eran 5.000 para echar en Dunquerque para el socorro de Flandes y los demás países; solicitando los franceses á los



holandeses para que los esperasen y no los dejaran pasar. Iba la nao *Teresa* con la de Oquendo, Castro y Horna, á cargo de D. Lope de Hoces, todas cuatro capitanas, á quien seguían los demás navíos á propósito para tan grande intento, pero la fortuna les salió contraria. Navegaron al fin, destinados todos á una vía fatal de Marte, para su perdición y ruina, á un despojo de las armas y á un incendio miserable de bajeles, artillería, cabos, marineros y soldados; no más que por fiarse de un hereje, que no había de faltar á los demás, y á quien dió su hija.

Prosiguió la armada: tomó el Canal de Inglaterra, y á la misma hora descubrió 17 navíos de Holanda, envió á avisar D. Antonio de Oquendo se diesen prisa á llegar los suyos, y que diesen la carga á los enemigos, que él iba siguiendo á las capitanas, particularmente la nao *Teresa*, que como bajel grande y poderoso, bien armado y fortalecido de muy buena infantería, mucha y muy gruesa artillería, se iba descollando de las demás, con terror de los enemigos, no osándose á llegar, sino á tirar de lejos. Pusieronse en media luna; deseaban abordar la capitana de Holanda, pero ellos rehuían el lance; sin embargo de ser tirados por una hora larga de la artillería de los holandeses, los nuestros apretaron con la suya y echaron un navío á fondo; y deseando llegar á las manos, largaron velas y se pusieron en la fuga. Volvieron otro día reforzados con 16 navíos más, y comenzaron á pelear de ambas partes, rehusando los enemigos el ser afeerrados. Uno de nuestros pataches y un navío, inconsideradamente, dieron en la retaguardia de los holandeses: recobró D. Antonio Oquendo el navío y perdió el patache; escaseando el tiempo y barloventeándose se sotaventearon las armadas, y se dividieron; la de Oquendo amaneció sobre las costas de Francia y después en las de Inglaterra: hallábase maltratado su bajel de las muchas cargas de los enemigos, entrándose, con lo recio del temporal, en el puerto de las Dunas, en Inglaterra, parece que con sentimiento de aquel Rey, si bien después mudó de semblante, resolución perjudicialísima, siendo más acertado meterse en Gravelingas, en Mardique, Dunquerque y los otros puertos para resguardarse mejor con su misma casa y no dar tantos celos á los holandeses y á los demás, á todo aquel Norte, pareciendo era voluntad y gusto de aquel Rey y que era hoja declarada; metieron el socorro en Flandes en embarcaciones pequeñas por Mardique. Fueron notables las voces y las quejas que comenzaron á dar los enemigos, tanto, que llegaron á Londres, y los mismos ministros ingleses herejes de aquella corte las dieron al rey, significando el sentimiento de los holandeses; diciendo que el Rey de Inglaterra, con pretensiones de casamientos con España, admitía las armas de aquel reino para meterlas en los Estados y en el de los vecinos, y que no había de ser así,



ni habían de pasar por ello. A los ingleses les había parecido temeridad el haber dado entrada á una armada tan poderosa y forastera en sus puertos, donde, conociendo el ánimo de la condición española, podía ocasionar un grande riesgo, como lo pretendieron en el reinado de don Felipe II; y que un Rey tan inferior en fuerzas no se había de fiar tanto de otro que era con tantas ventajas más poderoso que él; que los accidentes suelen ser varios, y las cosas humanas sujetas y llenas de mudanzas y de continuas incertidumbres, y los pensamientos de los príncipes suelen mudar forma según el estado en que se hallan y el tiempo les ofrece; tanto, que obligaron al Rey de Inglaterra, para desempeñarse con los vecinos y del miedo común en todas aquellas partes, y del Rey de Francia, á escribir al Rey católico, que se había admirado que se le enviase á sus puertos un armada tan grande y tan dentro de su casa, sin avisarle, y otras cosas tocantes á esto; haciendo á todos no poca dificultad que lo ignorase, pues el flete y el interés era de sus marineros y mercaderes. Pero los holandeses, perdiendo el respeto al rey de Inglaterra, no perdían de vista á la armada ni se separaban del puerto de las Dunas, habiendo enviado á las Islas por más refuerzos y por más grueso de navíos, para acometer y dar batalla á nuestra gente (quién dice que juntaron 114 navíos), porque no pensasen que estaban allí seguros, aunque lo pareció por la gran capacidad del puerto, y querían dar á entender al Rey que no les había de valer su amparo, ni les había de ser de provecho, ni para volver allí en lo de adelante, y que habían de desengañarse los españoles de aquel auxilio.

Hecha, pues, tan gruesa copia de navíos, embistieron al puerto y entraron dentro con poca alteración de los ingleses; éstos mostraron no querer ayudarlos, porque el general inglés, que tenía allí su escuadra de navíos y la armada de aquel Canal, se declaró y dijo á D. Antonio de Oquendo que no tirase, porque tenía orden del Rey y del Parlamento, que el primero que lo hiciese, el holandés ó él, se pusiese á su lado, en favor del otro y en contrario del que no obedeciese, y que así lo haría. Pareció esta acción neutral de poca amistad; pero á mi parecer, más en favor del vecino y aliado que de nuestra armada. Don Antonio de Oquendo, viéndose forzado á pelear, y que el grueso de los enemigos era formidable y más crecido, que el suyo, por no perderse y ser quemado, se salió del puerto para tener más desembarazo para poder rodearse. Siguiéronle 21 navíos de los suyos y casi toda la escuadra de D. Andrés de Castro; pero faltos de corazón y de prudencia, desatinados y fuera de sí, faltando al honor y al prezo de la generosa sangre española, pudiendo huir por lo más heroico y salvarse peleando ó morir con honra, dieron infamemente con los navíos en tierra y en la playa de aquel puerto; de suerte que todo el poder de los enemigos,



todo el fuego y el ardor de la batalla cargó sobre el general D. Lope de Hoces; sobre su capitana, la nao *Teresa*, y sobre la almiranta de Miguel de Horna; sobre el navío de Feijó y de otro. Hacía el deber D. Lope peleando como valiente y esforzado español y caballero: la artillería del enemigo era mucha; los navíos que le rodearon y los de fuego eran muchos; acudía con la espada en la mano á una parte y á otra; habíanle ya llevado un brazo, y sin embargo animaba á los suyos á la constancia y al ardimiento; y los enemigos, más cobardes que valientes, hallando la resistencia ordinaria, se valieron del artificio: embistiéronle con los navíos de fuego; comenzó á arder y con él todos los que estaban dentro, y D. Lope no pudo ó no excusó quemarse; perdióse la gente y la artillería después de haber peleado muchas horas. Quiso D. Antonio de Oquendo socorrerle y no pudo, porque el Castro flaqueó, y sobrevino la noche. Tomáronnos seis navíos; pero ellos perdieron en ambos reencuentros pasados de 20 que se fueron á pique de los golpes de nuestra artillería.

Siguió D. Antonio de Oquendo, con el fin de esta rota, el rumbo á España, y no dejándole el viento volvió á Mardique con sola la capitana de Dunquerque, ó almiranta (adonde había de haberse recogido nuestra armada, porque los holandeses no sintieron tanto que fuese á Flandes ni á sus puertos, como pensasen que Inglaterra había de ser sagrado y asilo para otras avenidas); los demás no le pudieron seguir por ser el viento bravo.

Fué esta pérdida de gravísimo sentimiento para España, para el Rey, para sus ministros y vasallos; los soldados de más calidad fueron presos, heridos y quemados: decían que eran 12 navíos los que faltaban. Tomaron el del general Feijó, á quien los franceses no acababan de alabar de valiente, alentado y valeroso capitán; el de D. Gaspar de Carvajal y á él mismo, y el galeón *Santiago*, que se escapó del fuego de Guetaria.

Dió el Rey de Inglaterra, por cartas, al Rey católico sus disculpas, aunque vagas, de la pérdida de nuestra armada, consolándole con que de los navíos que vararon en tierra se podrían sacar los 20, y que los demás estaban dentro del agua muy deshechos y destrozados.

No se prometieron, por su discurso, más fortuna en esta jornada los hombres de más juicio, porque los herejes nunca dieron mejor cobro de lo que les fiaron.



NÚMERO 5.

Narración de la batalla, escrita por el almirante Costa Quintella en sus «Annaes da marinha portugueza». Lisboa, 1839-40. Dos tomos, 4.^o

Juntóse en Coruña con la armada de D. Antonio de Oquendo la de don Lope de Hoces, que tenía su insignia en el galeón *Santa Teresa*, de 60 cañones de bronce (construído en Lisboa por Benito Francisco). Oquendo traía 22 navíos, siendo capitana el *Santiago*, de 60 piezas; con todas llegó la cifra á 70 bajeles, y eran: D. Pedro Vélez de Medrano, General de la escuadra de Nápoles, en el galeón *Orfeo*, y su almirante Esteban de Oliste, raguseo, en el galeón *San Agustín*, hermoso y riquísimo. D. Andrés de Castro, General de la escuadra de Galicia; su almirante, Francisco Feijó. Miguel de Orna (Horna), General de la escuadra de Dunquerque, en el navío *Salvador*; su almirante, Matías Rombau, en el nombrado *Nuestra Señora de Monteagudo*. Francisco Sánchez Guadalupe, General de la escuadra llamada de San José (que era de 12 navíos contratados con Alfonso Cardoso), en el galeón *Santo Cristo de Burgos*. Jerónimo Masibradi, raguseo, general de otra escuadra de 12 navíos de su asiento ó contrata; almirante, Mateo Esfrondati, también raguseo. De la escuadra de D. Lope de Hoces era almirante Tomás de Chamburu (Echaburu?), vizcaíno, hábil marinero. Embarcaron en todos nueve tercios de infantería, gente bisoña, en su mayor parte de desecho.

En las instrucciones se ordenaba batir á la escuadra francesa en caso de que se juntara con la de Holanda, procurar destruirla también, aunque fuera dentro de los puertos de Inglaterra, nación amiga, y se quebrantara la neutralidad, por exigirlo la razón de Estado.

Hubo discusión en el señalamiento del General en jefe; el Consejo se inclinaba á D. Lope, que contaba con muchos amigos y sabía granjeárselos con la palabra y el beneficio, mientras que Oquendo, hombre de escaso ingenio y de carácter desapacible, no los tenía; pero D. Lope cortó la cuestión declarando, no obstante el voto del Consejo, que no tenía pretensión alguna. Por ello el mismo Consejo designó por almirante general de la armada á D. Andrés de Castro.

Salió de Coruña el 27 de Agosto, habiendo tomado Oquendo por su capitán de bandera á Miguel Orna y sustituido á éste, en su galeón, con D. Jerónimo de Aragón. Iban con el núcleo 12 transportes ingleses, fletados, que se apartaron desde el principio de la navegación y nunca más



Medalla acuñada en Holanda para conmemorar la batalla naval de las Dunas.





se vieron, yendo á poder de los holandeses con las tropas que conducían, lo cual varias personas habían vaticinado.

Al entrar en el Canal, como un navío inglés anunciara estar cerca los holandeses, fueron los generales á pedir órdenes, por ser poco explícitas las que habían recibido, y D. Antonio no dió otra respuesta que decir: «Señores, el enemigo es poca cosa; cada uno haga su mejor, que yo lindo caballo tengo. La real dará buen ejemplo.»

El 17 de Septiembre estaban los navíos separados, en desorden, y á las siete de la mañana, con viento Noroeste, se distinguieron 11 navíos holandeses juntos y seis en otro grupo, á mayor distancia. Don Antonio, sin esperar á los suyos, hizo fuerza de vela y fué pasando ante los holandeses seguido del galeón *San Juan* y de algunos de los más veleros de Dunquerque, que iban de vanguardia. Portóse como comandante y no como general, pues sin más que poner en línea sus navíos pudo aniquilar á los enemigos.

El almirante Tromp, ignorando quizá la verdadera fuerza que tenía enfrente, había dividido su escuadra en tres grupos para esperar en distintos lugares, á fin de que no pasara sin verla. Sin embargo, no rehuyó el encuentro; lo que hizo fué ordenar su línea tan cerrada que casi tocaba el bauprés de un navío en la popa del inmediato.

Como la idea de Oquendo era abordar al almirante Tromp sin disparar un tiro, se prolongó por la línea recibiendo andanadas que le causaron grandes averías y más de 150 muertos y heridos. Con esto entendió que tenía que servirse de la artillería y respondió al fuego, haciéndolo los galeones que se fueron acercando, con ventaja en mosquetería, por la tropa de transporte. Uno de los mayores navíos holandeses se incendió por accidente, pereciendo con 120 hombres.

Tromp se vió en circunstancias críticas, casi cercado por fuerzas superiores y tan abatido sobre la costa de Francia, que con el viento reinante no podía montar la punta que forma la ensenada de Boulogne, saliente por el Oestenoroeste. Tenía que embarrancar en la costa perdiendo los bajeles, ó rendirlos, continuando el combate poco tiempo del mismo bordo; mas D. Antonio lo suspendió á medio día y viró de la otra vuelta con asombro de los jefes de escuadra, que sólo á fuerza de señales se decidieron á seguir sus aguas. Tromp utilizó tan mala maniobra para salir del peligro con fortuna de franquearlo durante la noche y encontrarse al día siguiente fuera de la ensenada, á barlovento de los españoles y reforzado con 15 navíos del almirante Van Kart.

El 17 se pasó en maniobras; Tromp, forzado por las corrientes, fondeó, y lo mismo hizo D. Antonio: el primero dió la vela á las once de la noche



y se aproximó, habiendo recomendado á sus capitanes mantenerse fuera del tiro de mosquete y confiar en la artillería. El cañoneo fué temeroso por ser la noche muy oscura y serena.

Al amanecer el 18 se continuó el combate á la vela, sin unión en los bajeles españoles por no haber dado ninguna orden el General. Una parte de la armada formó línea; otras se batían detrás en grupos de cuatro y cinco. Tromp compuso dos columnas, y á la cabeza de una se entró entre la línea de los españoles y los dispersos, mientras de Witt con la otra batía exteriormente la línea, que se halló, por tanto, entre dos fuegos. Tromp lo hacía por ambas bandas, sin que los españoles pudieran contestarle con eficacia porque se ofendían unos á otros. El galeón *Santa Teresa* se distinguió rechazando á cuantos buques se le aproximaron, y eran tan rápidos sus disparos que por una sola banda hizo 1.520. Oquendo se señaló también como capitán de navío, no como general, porque ni dictó providencias ni hizo señales, en lo que le imitó el almirante general D. Andrés de Castro; en cambio jefes y capitanes hubo olvidadizos del deber, notándose uno que dos veces se puso en actitud de huir.

El almirante Guadalupe fué despedazado por una bala de cañón, otra llevó la cabeza al de la misma clase Esfrondati, y mientras discutían los oficiales á cuál de ellos correspondía la sucesión de mando, abordado el bajel por cinco de Holanda se rindió, habiéndolo hecho antes el *Engueven*, navío dinamarqués fletado.

La presa del galeón de Esfrondati encendió en ira á Oquendo y á sus capitanes, que atacaron con nuevo vigor, sin lograr que Tromp se dejara aferrar. Lo que hizo fué soltar el remolque de la presa, haciendo rumbo á Calés, donde se entró por falta de pólvora, según después se supo.

Oquendo lo hizo en las Dunas, puerto de que estaba más cerca, despertando la presencia de tan grande armada recelos y susceptibilidades, por no estar las Cortes de Londres y Madrid en perfecta inteligencia y andar la opinión trabajada por bandos, uno de los cuales se identificaba con las aspiraciones de Holanda. Se acentuó la inquietud con la llegada de Tromp al día siguiente, después de embarcar en Calés 400 quintales de pólvora y las balas que necesitaba, viendo surgía con 24 navíos por fuera para impedir á los españoles la comunicación con Flandes. Enviáronle los Estados Generales refuerzos con tal actividad, que en pocos días más fueron llegando 110 navíos, incluso 16 de fuego, sin contar otra escuadra que quedó á la vela en el Canal á fin de interceptar cualquier socorro.

El Cardenal infante se trasladó á Dunquerque, desde donde envió al maestre de campo D. Simón Mascareñas á tratar con Oquendo el mejor modo de trasportar los soldados, dinero, municiones y otras cosas destina-



das á aquellos Estados, y en Consejo de guerra se decidió que el Infante despachase desde Dunquerque el mayor número de embarcaciones de pesca, que se colocarían de día al costado de los galeones y saldrían de noche, procurando no ser vistas por el enemigo. En la mañana del 27 de Septiembre hicieron, pues, la travesía 56 embarcaciones, que los holandeses creyeron portadoras de refrescos para la armada; á las nueve de la noche dieron la vela todas, acompañándolas 13 navíos, que aprovecharon una espesa niebla; á las nueve de la mañana siguiente entraban salvas en Dunquerque, excepto unas siete ú ocho, que fueron detenidas por los cruceros con unos 300 soldados. Desde entonces reforzó Tromp con otros 12 navíos los de vigilancia para evitar la repetición.

En este tiempo negociaban los españoles en Londres, con pretensión:

1.º Que se mantuviesen las leyes de neutralidad, y en consecuencia, pues que habían entrado primero en el puerto, salieran de él cuatro mareas antes que los holandeses.

2.º Que en caso que ellos no se avinieran, acompañara la escuadra inglesa á la española hasta salir de la jurisdicción de las aguas neutrales.

3.º Que no aceptando ninguno de estos expedientes, se les consintiera comprar las municiones de guerra que necesitaban.

A todo se comprometieron los ministros ingleses; á todo faltaron, aun á la entrega de la pólvora, pagada dos veces por los españoles á precio exorbitante.

El rey Carlos mandó á su almirante Pennington pasase á las Dunas desde Plimouth, como lo hizo el día 30 con 31 navíos, fondeándolos por fuera de los beligerantes. Le abatieron estandartes las dos capitanas enemigas, y la suya hacía las señales de alba y retreta, á que respondían las otras. Oquendo no le visitó, excusándose con razones más de disciplina que de urbanidad; no así Tromp, que frecuentaba su bordo y su mesa.

El español, procurando mejorar sus fuerzas, despidió parte de los navíos fletados repartiendo la gente y municiones en los otros; y hallándose falto de vergas y masteleros, compró secretamente en Dover algunos árboles, enviando á buçarlos de noche. Súpolo Tromp; destacó una fragata que vigilara á las embarcaciones españolas y envió al comandante con recado á Oquendo, diciendo «era tanto el deseo que tenía de combatir con tan gran general, que había ordenado á su escuadra ayudase en todo al apresto de la española, y que, como buen amigo, se podía servir de ella en cuanto le conviniera para el efecto que ambos deseaban». Oquendo respondió con igual cortesía, enviando regalo de vino excelente para la tripulación de la referida fragata holandesa, en lugar del dinero que primeramente quiso dar y no fué aceptado por el capitán.



Parece que por entonces supieron los holandeses haber determinado el Gobierno inglés no prestar protección á los españoles, porque empezaron á celebrar consejos á bordo de su capitana, y de noche daban alarma con disparos de cañón y de mosquetería. El almirante Pennington escribió á Oquendo «que el enemigo crecía tanto en poder como en soberbia, y recelaba no estuviera segura en el puerto la armada española; por tanto, aunque por su parte haría lo que le cumplía para la observancia de la neutralidad, con todo, siendo tan inferior en fuerza á los holandeses y no teniendo orden de comprometer las suyas para evitar agresión, convenía estuvieran con doblada vigilancia».

A esta carta respondió Oquendo «que si no tenía orden para obligar de cualquier modo á los holandeses á que respetaran la neutralidad del puerto, de las armas y de la bandera de Inglaterra, él las tenía de su soberano de arriesgar ó perder toda aquella armada para que los holandeses guardasen el respeto debido al rey de la Gran Bretaña».

Como el tal Almirante inglés estaba en inteligencia con Tromp, le consintió cambiar de fondeadero á los 17 navíos de fuego que tenía disimulados entre la escuadra y que se aproximaran á la capitana española y mayores navíos.

Con vista de estas disposiciones hostiles se decidió Oquendo á salir de las Dunas, teniendo por menos arriesgado un combate desigual en alta mar que el encierro acorralado en el puerto. Don Andrés de Castro, con otros jefes, opinaba que mal podrían pedir y alcanzar del rey de Inglaterra el beneficio de asilo cuando fueran los primeros en quebrantarlo, y que no siendo bastante fuertes para medirse con los holandeses, tendrían además contra sí á los ingleses en cuanto hicieran acto de agresión; pero Oquendo, apoyado por los otros, respondía que no era ya tiempo de contemplaciones, porque la paciencia consumaría la ruina. Que él solo saldría del puerto si los demás tenían dificultad en seguirle, y que tenía por cierto que combatiendo podría atravesar el Canal y abrigarse en plaza del Rey, donde, por lo menos, hallaría testimonios, cuando no hallase socorros, de cuanto había hecho por la conservación del estandarte que se le había entregado.

Decidida, en fin, la salida, avisó el General á Londres para que le enviasen la pólvora comprada, mas sólo lo hicieron de una corta porción, y esa, de mala calidad; y llegando á bordo al anochecer, dudando si recibirla á aquella hora, manifestó el patrón inglés que si no la recibían en el acto se volvería con ella, según órdenes que tenía recibidas del Conde de Northumberland. Tratóse entonces de embarcarla, pero en el momento se vió dar la vela á la capitana holandesa, y, á su imitación, á los demás navíos.



Era el viento favorable para salir del puerto, y D. Antonio dió también velas; pero no habiendo comunicado órdenes anticipadas á sus bajeles, como no las decía tampoco en el momento, y el caso era súbito, se vieron los capitanes en gran confusión, sin saber qué hacer, y con gran desorden empezaron á maniobrar, abordándose unos con otros y encallando algunos. En tanto habían roto el fuego los holandeses, porque la intención de Tromp era justificar el rompimiento con pretexto de estar recibiendo pólvora los españoles.

Don Lope de Hoces, no obstante el mal gobierno de su galeón *Santa Teresa*, fué el segundo que se puso á la vela; detrás de la capitana fueron saliendo D. Juan Ascenso (¿Asensio?), el almirante Feijó y otros, los mejor mandados. Los holandeses dirigieron tres navíos de fuego contra la capitana, que se libró de ellos desatracándolos con los bateles cuando estaban encima. Contra el *Santa Teresa* fueron otros dos, desviados de la misma manera; pero como seguía las aguas de la capitana, se encontró con los tres que ella había apartado. D. Lope, á quien á esta hora habían llevado una pierna y un brazo las balas de artillería, dió, sin embargo, disposiciones para desatracar los navíos de fuego; pero aunque las lanchas, con arrojó temerario, lo hicieron con dos, no pudieron remolcar al tercero, que se abordó por la proa del galeón y le comunicó el fuego. Así pereció el *Santa Teresa*, muerto ya D. Lope, y acabaron más de 600 hombres. Los otros comandantes se desanimaron con la pérdida de este navío; unos se mostraron dispuestos á rendirse, otros de huir; algunos quisieron vender cara la vida. D. Antonio se refugió en Mardi que con otro navío, que pocos días después naufragó, salvándose la gente. Todo lo que hicieron los ingleses en pro de la neutralidad de sus aguas, se redujo á algunos tiros inútiles de los castillos de Dover y de las Dunas.

Perdieron los españoles en la batalla 6.000 hombres y 43 navíos con 600 piezas de artillería de bronce y gran número de oficiales. Casi la mitad de estos navíos embarrancaron en las costas de Inglaterra, Holanda y Francia. Pocos hallaron refugio. Los holandeses perdieron más de 1.000 hombres y algunas naves.

NÚMERO 6.

Relación de la batalla de las Dunas, puesta por Mr. Eugenio Sué, como nota, en la «Correspondance de M. de Sourdis», t. II, pág. 97, sin referencia de fuentes.

La armada de España, que, según hemos visto, no quiso combatir con el Arzobispo de Burdeos, se presentó en el Canal de la Mancha, componiéndola



67 navíos de guerra y 27.000 hombres, de los cuales 12.000 debían desembarcarse en Flandes y conservarse los otros 15.000 á bordo, para proteger, según se ha creído, la rebelión tramada en Avranches, en la Normandía baja. Los holandeses, teniendo también justas causas de queja, ordenaron al almirante Hermertz Tromp se situara entre los Cabos de Hofden, para atacarles al paso. Este Almirante había encontrado en el mes de Julio otra escuadra con carga de plata, y 3 ó 4.000 españoles enviados de Vizcaya para Dunquerque, que desembarcó en Francia, como hemos dicho, después de haberse informado de la disposición de la armada que iba detrás, la cual, habiendo sabido el accidente de la vanguardia, demoró la empresa.

A fin de hacer menos sombra, se situó Tromp ante Dunquerque con pocos navíos, y, en efecto: reforzada la escuadra española con 20 naves ostrelinas (alemanas?), llevando la almiranta de D. Antonio de Oquendo 66 cañones; la vicealmiranta de D. Antonio Docías (de Hocés) 64; la almiranta de Nápoles, mandada por D. Pedro de Quaderon (Vélez de Medrano), y las otras, de 24 á 40 en mayoría, creyeron no haber en la mar fuerza que la detuviera, lo que no impidió al almirante Tromp avanzar hasta las proximidades de Breversil, donde dividió su reducida escuadra en dos grupos: uno de doce navíos y otro de seis, esperando ocasión, que se le presentó, de atacar tan bizarramente con el primero, que cuantos se le arrimaron tuvieron que retirarse.

El día 17 se pasó en escaramuzas; pero el 18, llegando á su lado 16 navíos más, atraídos por los cañonazos, acometió de noche furiosamente; se hizo dueño de dos galeones, y hubiera puesto á los demás en extrema situación á no faltarle pólvora y balas.

Mientras se las procuraba en el puerto de Calés, á cuya vista pasó en parte el combate, se retiró destrozada la armada española á las Dunas de Inglaterra, esperando sería protegida por el Rey. Los holandeses no pudieron bloquearla tan pronto que no despachara (como lo hizo) catorce fragatas á Dunquerque, gracias á los impedimentos puestos por los ingleses á las de Holanda.

El almirante Tromp les retó repetidas veces á salir inútilmente, y una y otra armada se estuvieron preparando lo mejor que podían; la española compró 500 barriles; la de los Estados fué acrecentándose de día en día, de modo que, descubriendo los nuevos al disiparse la neblina, decían los de Oquendo que, al parecer, llovían naves en Holanda.

Al fin, recibida por Tromp orden de atacar á las españolas, fuera cual fuese el lugar en que estuvieran y sin diferencia de las que les dieran protección, envió recado al almirante inglés Pennington rogándole se retirara



antes que pudieran causar daño á sus navíos los de fuego que iba á lanzar contra los españoles, los cuales habían roto las hostilidades disparando mosquetes contra sus soldados, causando una muerte, y tirando también un cañonazo á la fragata en que él pasaba revista á su escuadra.

El Almirante inglés hizo fuego contra los holandeses en la mañana del 21, enviándoles 300 balas de cañón; pero viendo que no podía impedir lo resuelto, se retiró; entonces Tromp hizo á los suyos la señal de dar la vela; y pasada media hora, cuando estuvieron prestos, la de combate. Los españoles, que habían recibido de Dunquerque un refuerzo de 900 marineros, se apartaron de las Dunas é hicieron vela contra el enemigo, mostrando en un principio resolución, porque tenían muchos capitanes de corazón y de experiencia. Diéronse, por tanto, con furia las cargas de unos y otros, siendo las nueve de la mañana y el tiempo calmoso. Una hora después refrescó el viento del Norte, obligando á los combatientes á caminar hacia Douvres. Catorce navíos holandeses se adelantaron; siguió el Almirante de España con los suyos, y en cuanto pasaron el castillo de Walmer arbolaron estandartes en ambos lados, no habiéndolo hecho antes por respeto al Rey de Inglaterra, en cuya costa estaban. Entónces las andanadas de artillería se sucedieron con rapidez en mucho tiempo no vista; el grueso de la armada española empezó á desordenarse, y poco después embarrancaron en las Dunas 20 navíos, sin que se sepa por qué accidente, arrojándose al agua más de 2.000 hombres para tomar tierra. Temiendo los otros navíos españoles que estaban en las Dunas varar igualmente, salieron á la mar para sufrir la suerte de los cañoneados.

No se podía averiguar durante el combate á qué partido favorecían los ingleses, porque los de Holanda recibieron al principio 300 disparos, y los de España fueron luego blanco de las piezas de la escuadra y de las de los castillos de la costa, como sus contrarios, por lo que éstos se sirvieron de los navíos de fuego é incendiaron dos de los varados. El grueso de su armada persiguió á la de España, tirando sin cesar, inutilizando á la vicealmiranta con sus 800 soldados, que escaparon hacia tierra, y apresando tres naves. La almiranta de Tromp sobresalía por la viveza de las descargas contra los más cercanos, singularmente contra la almiranta de Portugal, y reconociendo los efectos causados por los 1.000 mosqueteros de su bordo, la hizo abordar por los señores Quax, Vernaf y Herse, capitanes de navíos de fuego, los cuales la obligaron á pedir cuartel ya tarde. Era cosa digna de compasión ver á más de 800 personas, muchas distinguidas ó nobles, medio asadas, gritando espantosamente y precipitándose en el mar, buscando la muerte en un elemento por huir del otro, pues de 1.000 apenas 200 se salvaron. El capitán holandés Muss, que había aferrado á la



almiranta por la galería, se quemó con ella, después de librar á su gente. Dícese que este navío había costado dos millones al rey de España. Con él se quemó D. Lope Docías (Hoces). D. Antonio de Oquendo se retiró durante la noche sin haber podido socorrerle; el Almirante de Vizcaya fué el noveno que los holandeses destruyeron, mientras no vinieron la noche y la neblina en favor de los que quisieron huir.

Amanecido el día 22, no parecía la armada española; un navío solo, alcanzado por el almirante Tromp, amainó las velas, después de recibir dos ó tres descargas; y aunque estaba armado con doce cañones de bronce, otros tantos de hierro y 100 hombres, con tres capitanes, de tal modo estaban atemorizados que se dejaron tomar por un batel con diez marineros. Este fué el navío que se despachó para llevar á Holanda la noticia.

El 23 tomaron aún los holandeses otro navío que hacía rumbo á Dunquerque, y otro embarrancó y se hizo pedazos en Goigne. El comandante Hans cañoneó largo rato al almirante, que se retiraba solo con otro galeón al referido puerto, donde se sabe entraron siete más.

El mismo día 23 apresó el capitán Galen uno de 34 cañones, tan desbaratado, que se sumergió sobre Stenbanc al conducirlo á Holanda; otros dos se rindieron hacia Zingels; tres vararon entre Calés y Boulogne; otro en el dicho Zingels; uno marinaron los capitanes Forant y Broux. Por la tarde volvieron los holandeses á las Dunas, donde vieron cuatro navíos embarrancados en la parte Norte con la almiranta de Nápoles y el galeón de Génova, vendidos á los ingleses á condición de emplearlos como mercantes.

Para acabar: de la armada española apenas se salvaron ocho naves, siendo más de notar la victoria por no haber costado á los holandeses más que las balas y la pólvora. Verdad es que los almacenes de ésta se vaciaron, y todavía hubo que pedir prestada mucha cantidad al Sr. López, que la tenía adquirida en Amsterdam para el rey de Francia.

El 29, concluída tan hermosa acción, llegó á Rotterdam el almirante Tromp á recoger el fruto en alabanzas y recompensas. Los Estados le hicieron presente de una cadena de oro de valor de 2.000 escudos; otras dieron á los oficiales, en proporción, independientemente del botín, repartido con los soldados.



NÚMERO 7.

Extracto de la narración de M. Le Clerc en la «Histoire des Provinces-Unies des Pays-Bas». Amsterdam, 1723.

Tromp batió á la escuadra de Dunquerque y tomó dos navíos que de 250 hombres perdieron 200 antes de rendirse. Los de Dunquerque se desquitaron pocos días después apresando dos navíos holandeses.

El mismo Almirante detuvo tres naves inglesas que conducían 1.070 soldados españoles.

Salió de Coruña D. Antonio de Oquendo con 67 naves y 20.000 hombres. Conocíanse sus propósitos y fuerza por carta del Conde de Estrades, en que aseguraba tener órdenes de esquivar combate y desembarcar la tropa en Flandes. El almirante Tromp, no teniendo consigo más de 13 navíos, avistó al enemigo el 15 de Mayo (!); destacó sus descubridores, y el día siguiente se le unieron algunos más hasta 17. Con este número atacó decididamente á los españoles desde la mañana á las cuatro de la tarde, hora en que Oquendo se encaminó hacia el Norte con varios navíos maltratados. De los holandeses se voló el *San Cristóbal*, sin salvarse más que un hombre.

El día siguiente fueron llegando á Tromp más fuerzas, reuniendo 30 navíos. Decidió un segundo ataque nocturno, y empezó el cañoneo; los españoles entraron en las Dunas, surgiendo bajo el castillo; él reunió el Consejo de capitanes por haber consumido casi todas las municiones; se llegó á Calés á pedir las al Gobernador, que se las facilitó.

Volvió repuesto á las Dunas, donde los españoles andaban en cuestión con los ingleses sobre estandartes y saludos, hasta que los primeros se allanaron á hacerlo. Fondeó en el puerto, y fueron agregándosele bajeles de día en día, hasta pasar de 100. «Esto justifica la orden del Gobierno de España que había prohibido á la armada combatir por recelo de que cayeran encima todas las fuerzas marítimas de las Provincias Unidas, como había sucedido á la *armada invencible* de Felipe II.»

Tromp no se determinó, sin embargo, á hostilizar dentro del puerto, temiendo que el rey de Inglaterra, por decoro suyo, tomara el partido contrario. Francia intervino juntamente con los embajadores de los Estados en negociaciones para que se intimase á los españoles el alejamiento. Duraron hasta el 10 ó 12 de Octubre, en cuyo tiempo, valiéndose de bajeles de Dunquerque, pasó á Flandes la mayor parte de la tropa, burlando á los cruceros.



Comunicado á Oquendo por el rey de Inglaterra el mandato de salir, los Estados Generales recomendaron á Tromp que no perdiera la ocasión de deshacerlos tan luego como se desviarán algo de la costa, sin fiarse de la actitud de los ingleses. El vicealmirante de Wittén, con 28 navíos de guerra y cuatro de fuego, se situó frente á su escuadra para tenerla en respeto; mas no satisfecho con esto, consultó Tromp lo que haría en caso que los españoles no saliesen á mar, y se le contestó que los atacara de todos modos, sin cuidarse de las consecuencias del acto.

El 21 representó Tromp al almirante Pennington, de la escuadra inglesa, que los españoles habían disparado con bala sobre un bajel en que él estaba y habían muerto á un marinero; habían violado, por tanto, las leyes de asilo, y si no le hacía justicia estaba resuelto á tomarla por sí mismo. Enviada la nota, dió la vela con propósito de empezar el ataque, impidiéndolo la neblina espesa que se levantó.

Viendo su actitud los españoles, cortaron los cables de los navíos á fin de retirarse más adentro; y habiéndolo hecho demasiado, vararon 22 navíos. Sobre ellos enviaron los holandeses los de fuego tan pronto como despejó la niebla, y abrasaron á 17. Los ingleses disparaban algún que otro cañonazo á los que se aproximaban.

Varios grupos de navíos españoles salieron del puerto por no exponerse al mismo fin, y fueron batidos, incendiados, apresados ó puestos en necesidad de embarrancar en la costa de Francia. Los ingleses se hicieron dueños de seis sin reclamación. La capitana de Oquendo, con algunos buques más, fué salvada por los de Dunquerque, pero los holandeses capturaron *muchos*. El Conde de Estrades, entonces en Holanda, escribió:

«Viendo el Almirante inglés la determinación de Tromp de atacar á la armada española, se puso á un lado y permaneció neutral. Duró el combate cuatro horas, incendiándose la almiranta de Portugal, que tenía 100 cañones de hierro y 500 soldados. Otros 12 bajeles de los mayores fueron destruidos; 14 embarrancaron entre Boulogne y Calés; salvó á la capitana de Oquendo la escuadra de Dunquerque sacándola de en medio de 10 holandesas que la tenían en aprieto. De nuestra parte hemos perdido 10 navíos quemados ó á fondo. Es la victoria más completa que se ha visto jamás.»

Se acuñó en Holanda una medalla en cuyo anverso se representa la acción; en el reverso leyenda latina que dice:

«Este monumento está consagrado á la posteridad por determinación de los Estados de las Provincias Unidas, por derrota de la armada española, compuesta de 67 navíos, con famosos jefes, pilotos y soldados con el aparejo necesario, bajo los auspicios del muy ilustre príncipe Federico



Enrique, por Martín Tromp, almirante de Holanda, el cual la atacó el 16 de Septiembre de 1639 con 17 navíos solamente. Al otro día la volvió á atacar de noche, y al tercero, habiendo tenido 11 navíos de refuerzo, la deshizo y obligó á retirarse bajo el amparo de las fortalezas de Inglaterra, adonde la tuvo bloqueada un mes, y obligándola á salir á la mar, con su gran valor la destruyó completamente el 21 de Octubre.»

NÚMERO 8.

Relación de la batalla, hecha por el Dr. J. Campbell en la obra titulada «*Lives of the British Admirals*». London, 1781, t. I, pág. 554.

Los españoles dispusieron poderosa armada de 67 naves tripuladas por 25.000 hombres, con 12.000 para refuerzo del ejército de Flandes. Los holandeses mantenían en la mar dos ó tres escuadras, una de 17 velas, mandada por Martín, hijo de Herbert van Tromp, que encontró á la de España y la atacó, no obstante la desigualdad de fuerza, teniendo por ello que retroceder hacia la costa de Dunquerque, donde se le unieron otros buques. Con ellos atacó de nuevo á los españoles cerca de Dover.

Viéndose Tromp necesitado de pólvora y balas se llegó á Calés, cuyo Gobernador se las facilitó, mientras los españoles se ponían bajo la protección de los castillos de Inglaterra. Su Embajador importunó al rey Carlos pidiéndole obligara á los holandeses á suspender las hostilidades durante dos mareas, dándoles tiempo para alcanzar su costa de Flandes; mas el Rey se mantuvo en su actitud de neutral, y como los españoles hubieran fletado navíos ingleses para transportar á Dunquerque los soldados, les prohibió la salida á instancia de los embajadores de Holanda. Sin embargo, valiéndose de estratagemas, burlaron la vigilancia de los enemigos y consiguieron pasar de noche á Dunquerque 4.000 hombres. Los holandeses se quejaron de este grave descuido, diciendo confiaban en las seguridades dadas por el Gobierno inglés.

Las armadas estuvieron tres semanas en la misma disposición, aunque el rey Carlos había enviado intimación á la de España con el Conde de Arundel para marchar del puerto. La de Holanda iba recibiendo refuerzos sucesivos, juntando más de 100 velas, con las que se mostraba dispuesta á atacar, y para evitarlo notificó sir John Pennington, almirante del Rey, tener orden de ponerse con los 34 navíos de su mando al lado del beligerante que fuera hostilizado.

Presuntuosos los españoles con esta protección, dispararon sobre la



falúa de Van Tromp, y con un cañonazo mataron á uno de sus marineros. El cadáver fué conducido abordo de la capitana de Pennington en testimonio de violación del asilo dentro de puerto inglés, y Van Tromp representó por escrito verse obligado á repeler la fuerza con la fuerza, pidiendo en su favor la intervención de la escuadra inglesa, y por lo menos autorización para hacerlo por sí. Enviado el despacho, Van Tromp mandó llevar á sus naves, yendo sobre los españoles con seis divisiones, cañoneando furiosamente, despidiendo navíos de fuego, de modo que los otros tuvieron que cortar los cables, y de 53 bajeles que tenían, 23 se fueron á la playa y vararon, siendo dos destrozados por las olas, otros dos zozobrados, tres incendiados. Uno de los perdidos era el galeón vicealmirante de Galicia, de 52 cañones, mandado por D. Andrés de Castro. El resto de los 23, abandonado por los tripulantes, se marinó con ingleses para que no cayera en manos de los enemigos.

Los otros 30 bajeles, con su general D. Antonio de Oquendo, y López (D. Lope), almirante de Portugal, salieron á la mar en buen orden; pero habiéndose levantado niebla muy espesa, se aprovecharon los holandeses de la dispersión para cortarlos y batirlos con navíos de fuego, que abrasaron á la almiranta de Portugal.

Oquendo hizo rumbo á Dunquerque visto que, de sus 30 navíos, cinco fueron á fondo en el combate, 11 apresados, conducidos á Holanda, tres encallados en la costa de Francia, uno cerca de Dover, quedándole 10.

Como la hostilidad partió sin duda alguna de los españoles, sus adversarios justificaron con ella el proceder y produjeron argumento suficiente á la defensa del Gobierno inglés, que de otro modo parecería censurable ante las leyes internacionales, consintiendo que dentro de su jurisdicción destruyera un amigo á otro.

Es de advertir, en realidad, que el pueblo inglés no lamentó lo ocurrido, por más que la corte hiciera lo posible para impedirlo, y la razón consiste en pensar muchos que era ésta una nueva *armada* (como la de Felipe II), dispuesta nominalmente contra los holandeses, pero en esencia contra los herejes en general. Y, en efecto: si la idea parece á primera vista exagerada, se reformará el juicio sabiendo se presentó ante el Parlamento un libro papista que, «entre otras supersticiones», contenía oraciones por los santos mártires que sucumbieron en la armada enviada contra los herejes de Inglaterra. Esto bastaba para alarmar al pueblo inglés y revivir la adversión contra los españoles.

Escritores ingleses han censurado el proceder de Holanda como atentatorio á nuestros derechos; mas los extranjeros, que son mejores jueces en este caso, nada han objetado en el particular, y, forzoso es confesarlo, an-



daban por entonces nuestros asuntos tan embrollados que, aun habiendo ofensa á la nación, es dudoso quisiera el Rey reconocerla.

Cita el autor en su apoyo á Le Clerc, Estrades, *Frankland's Anaals*; sir Philip Warwick's, *Memoirs*.

NÚMERO 9.

Discurso pronunciado ante el rey de Inglaterra por D. Antonio Sancho Dávila y Toledo, marqués de Velada, embajador extraordinario del de España ¹.

Luego que llegó á noticia del Rey mi señor el suceso de su armada en las Dunas, puerto de V. M., por la voz común que le publica y por los avisos de sus ministros, mostró justo y debido sentimiento, siendo parte de su caudal perdido y la autoridad de V. M. menoscabada con el desacato hecho por olandeses á lo sagrado de la Magestad y al respeto que se le debe, en sus mismos puertos, casa y cámara, á vista de su armada y teniendo por testigos sus fuerzas, banderas y estandartes reales. Á este mismo tiempo Don Artus Opton, embajador de V. M. en Madrid, dijo el vivo sentimiento que V. M. había tenido y con que se hallaba de tan gran desacato: significó con tales razones, que de ellas y de las circunstancias del caso juzgó el Rey mi señor que lo había ya castigado V. M. ó estaría en los últimos aprestos para hacerlo con rigor y severidad, y así me mandó venir con embajada extraordinaria á representar á V. M. cómo con permisión suya entró la armada del Rey mi señor en Dunas, y que por orden de V. M. se notificó á la dicha armada y á la de Olanda que no se hiciesen hostilidades la una á la otra, porque la de V. M. se pondría contra la que rompiese esta orden. La del Rey mi señor se permitió atar sin defensa, y para valerse de sus fuerzas salió del puerto; tanta fué la atención que tuvo para no ocasionar queja á V. M. Los olandeses, si no tuvieron permisión de V. M. para lo que obraron, rompido han con V. M., y el no darse por entendido de este rompimiento será omisión que ocasionará gran reparo en el mundo. Su determinación era pelear con la armada de V. M., si ella cumpliera lo que había amenazado; y si V. M. se lo permitió (como ellos, teniendo poca atención á la grandeza de V. M., se atrevieron á imprimir en un papel que hoy corre, lo cual no se debe creer ni se cree) mayor queja sería la del Rey mi señor, que la debe sentir por sí y por V. M.

¹ *Noticia de los servicios que ha hecho el Marqués de Velada.*—Ms. Academia de la Historia, Colección Salazar, C. 32.



Las ofensas que esta corona ha recibido de olandeses son tantas, que necesitan de papel aparte, que se podrá dar, y que parece que se han olvidado, pues no se castigan. El Rey mi señor no sólo me envía á dar la queja, sino á mostrar que el caudal que ha perdido no le hace falta para ofrecerle mucho mayor á V. M., que, unido con el suyo, castigue el desacato cometido, y para que en muestra de buena hermandad, con lazos nuevos de amor y unión estrechados para remedio de daños comunes las dos coronas se valgan de ambos caudales contra olandeses y escoceses, unos, ya unidos en cuerpo, que de república rebelde y bastarda se encamina á hacerse legítima con poder y designio de principado y con intención de igualarse á los mayores; otra, de vasallos que usan mal del amor del Rey y se inquietan con ejemplares vecinos á lo que se prometen, porque tal vez se ha conseguido de menores y menos sustanciales principios, y esto en sazón que V. M. ha juntado su Parlamento para ayudarse con medios debidos á justos fines, y desta determinación tan proporcionada se ven menos buenos efectos que se debieran esperar. Conozca V. M. las intenciones y que las fuerzas superiores es lo importante para todo. Á las grandes que V. M. tiene, el Rey mi señor, como buen hermano, unir ha las suyas; parte es fineza, parte es comodidad; y cuando las conveniencias son de ambas coronas, ninguna razón, aunque sea particular, porque interesada se hace sospechosa, V. M. en todo es gran Rey, y más en la mar, y en ella ha sido V. M. rendido, no se ha de apartar mucho de sus puertos para su desagravio. El Rey mi señor busca á V. M. desde lejos á fuerza de buena amistad y crecidos gastos; júntense ambas Majestades contra los enemigos de ambas coronas; prosiga V. M. el rompimiento que han comenzado los olandeses declarándose enemigos con hacer lo que hicieron y imprimir lo que imprimieron; haga represalias de sus haciendas; defiéndales sus puertos y pesquerías; témanle los de Escocia, que, al paso de la correspondencia y de los efectos, se aumentarán las asistencias del Rey mi señor, tan crecidas como se debe juzgar de su poder.

El Rey respondió con mucha gratitud y semblante igual, y dijo que señalaría ministros para la conferencia y tratación de todo.



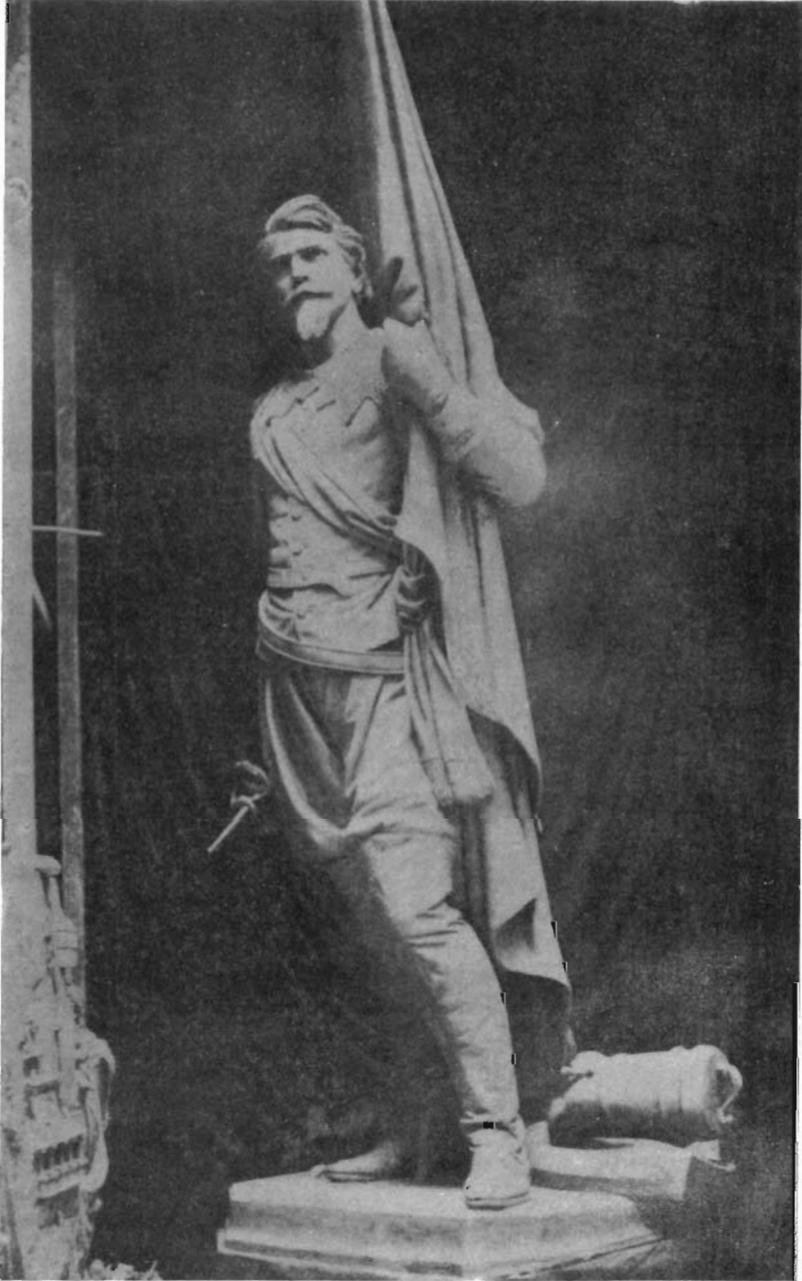
NÚMERO. 10.

Título de Marqués de San Millán á D. Miguel Carlos de Oquendo para su persona y sucesores en su casa y mayorazgos.— Impreso.

✠ Don Carlos, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, etc. Por quanto teniendo atención á la calidad, méritos y servicios de vos Don Miguel Carlos de Oquendo, hijo del general D. Miguel de Oquendo y nieto del almirante general D. Antonio de Oquendo, y á que D. Antonio de Oquendo, vuestro tercer abuelo, me sirvió, á imitación de sus antepasados, desde soldado hasta capitán de mar y guerra, hallándose en todas las ocasiones que se ofrecieron, procediendo con entero valor y crédito; que Miguel de Oquendo, vuestro bisabuelo, lo continuó en la misma forma muchos años, hasta el grado de Capitán general de la armada de Cantabria, habiendo logrado muchas victorias, y especialmente en el socorro de la plaza de Alarache, que estuvo sitiada el año de 1587, por lo cual se le dieron gracias; que después se agregó la referida escuadra á la armada real y asistió á la batalla que se dió á la de Francia, ganando banderas, escudos y estandartes que hoy permanecen en vuestra casa, y tuvo otros reencuentros en que se señaló mucho, y lo continuó hasta que murió con el mismo crédito, empleado en el real servicio. Que D. Antonio de Oquendo, vuestro abuelo, comenzó á servir de edad de diez y seis años en las galeras de Nápoles, por despacho de 10 de Junio de 1600, haciéndose en él memoria de lo que mereció su padre; que su general le encargó muchas ocasiones, y especialmente limpiar las costas de cosarios, y lo ejecutó y los aprehendió; que tuvo el gobierno de la escuadra de Vizcaya y el de la de Guipúzcoa, y después el puesto de general de la armada de Cantabria, y el de general de flota y armada que salió para Indias el año de 1611; que el de 617 se le encargó el puesto de Almirante general de la armada del Océano, en ausencias del propietario, y después la tuvo en propiedad; y en este tiempo ejerció otros puestos de general de armadas que se presentaron; que el año de 637 se le dió el cargo de mi Consejero de guerra; que en este tiempo gastó cuarenta y siete años, obrando con gran valor y siendo horror á los enemigos; pues habiéndose ofrecido más de cien combates, no perdió navío en que navegase ni ocasión que emprendiese, por haberlo logrado todo con especial valor. Que el año de 627, con noticia que tuvo de estar la Mámora para entregarse, partió allá con dos navíos, y sin orden, y consiguió levantar el sitio con destrozo innumerable de enemigos, por lo cual se le dió gracias en despacho de 10 de Mayo del



mismo año, en que está puesto de letra del Rey mi padre y señor (que santa gloria aya): «Quedo tan agradecido al servicio que me avéis hecho, como él lo merece y os lo dirá esta demostración.» Que el año de 631 fué al socorro de Pernambuco y la Baía de Todos Santos, en el Brasil, que estaba infestada de numerosa armada olandesa, y llevando él la suya, 16 navíos solos, muy faltos de gente y buques, sin embargo, dió batalla desde las ocho del día hasta las cuatro de la tarde, estando abordado á la capitana contraria y un navío, y los quemó, y ganó el estandarte, y puso en huída el resto de aquella armada, aviendo muerto 2.000 hombres, sin los prisioneros, y dejó socorridos los dichos parages; en cuya ocasión fué cuando se le hizo merced de la plaza de mi Consejo de guerra; que después fué en la armada á Galicia y pasó al socorro de Flandes, y tuvo en esta ocasión diferentes batallas, peleando con gran valor y riesgo de su vida, por hallarse con muy cortas fuerzas, que se componían de 21 bajeles, teniendo el enemigo en ocasión 114, lo cual motivó que siguiese á D. Antonio en repetidos parages, hasta que fué derrotado el enemigo, con la especialidad de aver D. Antonio peleado con la capitana sólo contra 17 navíos, de que se siguió tanta ignominia al enemigo, que le quitaron la cabeza al general de su armada; á cuyo tiempo, en carta de 20 de Julio de 1639, le escribió su Magestad pasase luego á la Coruña, advirtiéndole que, atendiendo á lo que había servido y esperaba le sirviese en esta ocasión, le hacía merced de título de Vizconde para el día que llegase á las costas de Francia con la armada que tenía resuelto, ó tuviere tope con el enemigo; con declaración de que si por algún accidente perdiese la vida, le quedaba hecha esta merced. Y el Conde-Duque le escribió al dicho D. Antonio que á buelta de viage esperasse muy seguramente le haría su Magestad mayores mercedes que las que imaginava, y que se lo avisava de orden de su Magestad. Que D. Miguel de Oquendo, vuestro padre, sirvió muchos años, hasta que murió, y el año de 656 hizo assiento y fabricó seis galeones y un patache, y sirvió con ellos en la escuadra de Cantabria, y tuvo el puesto de general de ella, y se le manifestó lo bien que servía por diferentes cartas que se le escribieron firmadas de su Magestad. Que el año de 673 hizo otro assiento, y fabricó dos navíos para la armada, y se dió patentes de capitán de ellos á vos y á vn hermano vuestro que murió viniendo de Flandes, y avéis continuado el real servicio con el puesto de capitan de mar y guerra hasta que murió vuestro padre, que, con licencia, os retirasteis á algunas disposiciones de vuestra casa. Que otros tres hermanos vuestros comenzaron á servirme en la armada, y los dos murieron, y el otro lo está continuando en el presidio de Pamplona. Que los ascendientes de la casa de San Millán, de que procede vuestra madre, de las



Estatua erigida en San Sebastián á D. Antonio de Oquendo.





más antiguas é ilustres de Guipúzcoa, han servido también en la milicia muchos años; que os halláis poseyendo los mayorazgos de Oquendo y San Millán y Lasarte, y el patronato de la Compañía de Jesús de San Sebastián, el de religiosas Brígidas de Lasarte, el de Franciscas descalzas de Santander y de la parroquial de la villa de Cizurquil, con presentación de cura y beneficiados y con el derecho de percibir la mitad de diezmos. Por decreto mío señalado de mi real mano, de 23 de Abril de 1688, os he hecho merced de título de Castilla para vos y vuestros hijos y sucesores, y porque avéis elegido el de Marqués de San Millán, y por decretos del mi Consejo de la Cámara está acordado que el dicho título quede incorporado en los dichos vuestros mayorazgos, y en su conformidad mi voluntad es que vos el dicho D. Miguel Carlos de Oquendo y los dichos vuestros sucesores en vuestra casa y mayorazgos, cada uno en su tiempo perpetuamente, para siempre jamás, os podáis llamar é intitular, llaméis é intituléis, llamen é intitulen, y os hago é intitulo Marqués de San Millán, por esta mi carta mando á los infantes, etc..... Y porque, según las órdenes dadas por el Rey mi Padre y Señor (que santa gloria aya), á las personas á quien se diere título de Marqués ó Conde, ha de preceder el de Vizconde, y quedar éste suprimido, por despacho del día de la fecha de éste os he dado título de Vizconde de Zandategui, el cual, en conformidad de dichas órdenes, queda roto y cancelado en mi Secretaría de la Cámara de Castilla, y notado y prevenido en el asiento del libro lo conveniente para que no valga ni tenga efecto ni se de por perdido, duplicado ni en otra forma en tiempo alguno, y sí de este mi despacho..... Dado en Madrid á 11 de Julio de 1689.—Yo el Rey.—Refrendado por los del Consejo.

